

22 Voces de América Latina

La adopción contada desde sus protagonistas.



22 voces de América Latina.
La adopción contada desde sus protagonistas.

Primera edición.

Compilación:

Karla Calderón M.

Tejiendo Vínculos, tejiendovinculosbolivia@gmail.com

Diseño y diagramación:

Viñeta Producciones.

Diseño de portada:

Vera Cinelli.

Con el apoyo financiero de:

AiBi Bolivia en el marco del proyecto de

"Desde el Nido", financiado por la CAI.

Todos los derechos reservados.

Impreso en La Paz, Bolivia.

2022.



Agradecimientos

A todas y todos quienes, con inmensa generosidad, compartieron un pedacito de su historia.



Dedicatoria

A las hijas e hijos adoptados, esperamos que se puedan sentir acompañados en su experiencia y se encuentren en alguno de los relatos. En el camino de la adopción, no estamos solos.

A las familias biológicas que tienen un lugar en la tríada de la adopción, más allá de los motivos de la separación.

A las familias adoptivas que, a veces, se preguntan lo que pensamos o sentimos.

Prólogo

Estas son las historias de veintidós niños y niñas, son las historias que nos contábamos a nosotros mismos antes de dormir, cuando intentábamos descifrar quiénes somos, cuando añorábamos encontrar respuestas y una compañía que nos reconfortara y nos dijera bajito al oído – Te entiendo, no estás sola – .

Muchas noches deseamos que estas historias sólo fueran ficción, otras deseamos con todas nuestras fuerzas que fueran realidad y que alguien tocara a la puerta diciendo que no ha parado de buscarnos. Nuestras historias están atravesadas por dudas y miedos, por una necesidad incesante de conocer nuestro origen, por la añoranza de pertenecer, por encontrarnos en una cara familiar, un gesto, un abrazo que nos contenga y nos dé certezas. Pero también están llenas de mucho amor, amor de madres, fuerza de mujeres, amor de crianza, de hermanos y hermanas que protegen, padres que aman con incondicionalidad.

En nuestra búsqueda coincidimos con seres que nos aman profundamente, y erróneamente creyeron que su amor podía repararlo todo. Nos ha costado aceptar que son humanos, que cometen errores, que tienen deseos, que pueden ser egoístas, pero con toda su humanidad intentaron protegernos del dolor como pudieron.

Hoy somos fuertes. Algunos hemos aprendido a integrar la incertidumbre del inicio, otros han podido conocer el origen y se sienten plenos simplemente con el hecho de saber lo que pasó, sean cual fuesen las razones.

Estas historias están escritas por nosotros, ahora adultos, para recordarnos que el inicio de nuestras vidas pudo ser incierto, y el final aún lo es, pero en el transcurso de estos instantes que se viven entre el inicio y el fin hemos sido amados.

Hoy nos escribimos y por fin tenemos la libertad de decidir qué final darle a estas historias que nos acompañaron en nuestras infancias solitarias. Hoy tenemos la respuesta que tanto esperábamos. “Estamos a salvo” y, en la fantasía de encontrarles nos encontramos.

Natalia Valencia

A manera de introducción

Cuando comencé a reflexionar sobre el significado de la adopción en mi vida, una de las primeras ideas que tuve fue la de recopilar historias. En el camino, tuve la fortuna de coincidir con otras hijas e hijos que, al igual que yo, habían sido adoptados. Recuerdo las primeras conversaciones que tuve con ellos, cada vez que les escuchaba hablar de sus experiencias, encontraba alguna parte de la mía reflejada en la de ellos. Me sentía acompañada. Comprendí que, para una persona adoptada, hablar de adopción era necesario y, hacerlo en primera persona, fundamental.

En la actualidad, todavía prevalecen las historias contadas por madres y padres adoptivos, sobre las de hijas e hijos adoptados. Por ello, definitivamente, sí era importante reunir historias que vengan desde sus protagonistas.

El primer apoyo que recibió este proyecto fué de la organización Amici dei Bambini, con quienes, a inicios del 2022, hicimos una primera convocatoria en Bolivia sin mucho éxito.

Algunos meses después, juntamente con Natalia Valencia, de México, y Lorena Andrea, de Uruguay, coincidimos en que era necesario que se escucharan nuestras voces. Así, en agosto de este año, hicimos una nueva convocatoria a través de nuestras redes sociales, ésta vez dirigido a quienes habían nacido en algún país de América Latina y que habían sido entregados en adopción nacional o internacional; también para las personas adoptadas que residían en la actualidad en algún país de este continente o que hayan sido adoptados por una familia adoptiva latinoamericana.

Al llamado acudieron muchas más personas de las que pensamos. Nos contactaron y nos enviaron generosamente sus escritos, o como en el caso de nuestra portada, sus piezas artísticas; y con todos ellos consolidamos este libro. Como van a poder leer, este libro no sigue un formato específico, cada uno de nosotros ha encontrado su propia forma de compartir los momentos de su vida o los pensamientos que considera importante dar a conocer. Tampoco sigue una secuencia determinada. Los relatos fueron organizados por país y el orden es me-

ramente alfabético, pues, cuando se trata de nuestra historia personal vamos y volvemos por diferentes ciclos, como en espiral.

En esta ocasión somos veintidós voces de ocho países de América Latina. Somos veintidós personas, que tenemos en común el haber atravesado en los primeros años de nuestra vida una gran pérdida, la de nuestra familia de origen. Somos veintidós experiencias diferentes de haber crecido en familia adoptiva. Somos veintidós historias de construcción de resiliencia.

Karla Calderón Monrroy

Índice

ARGENTINA

Claudia Borelli.....	18
Emmanuel Ávila Silvan.....	20
Florencia Lalor.....	25
Javier Walter.....	28
Víctor Balseiro.....	33

BOLIVIA

Nathaly Soza.....	39
Karla Calderón Monrroy.....	44
Teresa Alton Borgelin.....	47

COLOMBIA

Catalina Pfranger.....	56
Elena Di Giovanna Serrato.....	58
Nataly Lommen.....	65

CHILE

Cristal Valdebenito.....	69
--------------------------	----

COSTA RICA

Laura Herrera Guerrero.....	78
Víctor Blanco Herrera.....	80
Vera Cinelli.....	82

ESPAÑA

Mar Anes Álvarez.....	87
-----------------------	----

MÉXICO

Daniel Hartz.....	93
Natalia Valencia.....	98
Jessica López Vásquez.....	100
José Luis Valencia.....	102
Montserrat Dabarro.....	109

URUGUAY

Lorena Andrea Rodríguez.....	118
------------------------------	-----

Argentina



¡Historia de una adopción y un encuentro!!

Quizá a alguien le sirve, y para los que no se lo conté, ¡¡se lo cuento!!.

Esta historia empieza el día que nací, hace cuarenta y cinco años, en la ciudad de Comodoro Rivadavia, Chubut. El día en que mi madre biológica, bajo el mandato imponente de mi abuela decide entregarme, o como se decía en esa época, regalarme.

Dios quiso que mi madre adoptiva estuviera en el lugar justo, en el momento preciso (como siempre), y me eligiera como hija. Su primera intención fue preguntar a la partera que hizo la entrega, – ¿Su mamá?, ¿su abuela?, ¿no la querrán conocer antes de que yo me la lleve?. – ¡NO!. – Dijo la partera. – Ellos ya se fueron y dicen que bastante gasto generó esta criatura como para querer conocerla... Mi mamá, sorprendida y confundida, me llevo a su casa, con mi papá y mis hermanos de doce y seis años, que prometieron guardar el secreto de mi adopción de por vida. En esa época se creía que era lo mejor para proteger al niño que llegaba, creo que no se pensó en los niños

que estaban en casa.

Pero bueno, ellos fueron y son muy buenos, y son mis hermanos, así que nuestra vida de hermanos fue como toda vida de hermanos. Con peleas, con complicidades, con celos, amiguismos, juegos, paciencia (por parte de ellos, y ahí la explicación de por qué soy tan caprichosa) y sus enseñanzas...

Mi vida transcurre como la de cualquiera: jardín, escuela, paseos, secundaria, mi perfil pintaba para rebelde, a medida que la adolescencia acontecía, mis entornos eran cada vez más conflictuados... La secundaria, un horror, no tenía buena relación con mis compañeros, no me interesaba por los estudios, etc. Harto de esta condición que hacía sufrir demasiado a mi mamá, fue suficiente para que mi hermano me contara la verdad de mi adopción de la peor manera, pero con toda su razón, yo ya con dieciocho años y él rozando los treinta.

Acá entro en una nueva etapa de mi vida, ese momento fue traumático. Más de una persona debe haber investigado en su propia vida, en algún momento, sus papeles creyendo que eran producto de una adopción. Yo misma lo había hecho antes y nada...

Ese día sentí lo que significaba estar solo de verdad, desconocí a todas las personas que eran mi familia hasta ese momento, ¡¡me habían mentido!! Sentí todas las diferencias, su color de ojos, de pelo, estatura, su inteligencia superior, su prolijidad, su pulcritud. Me sentí tan diferente a ellos que no sé cómo explicarlo, nada de lo que yo consideraba haber tenido hasta ese día me pertenecía, NI MI MAMÁ... Tengo que aclarar que mi papá falleció cuando yo tenía cinco años. Mi mejor recuerdo para él.

También ese día, horrible, triste, inmerecido, me prometí buscar lo que sí me correspondía firmemente, MI IDENTIDAD...

El tiempo pasó y es verdad que cura las heridas. Mi mamá volvió a su lugar en mi cabeza y en mi corazón, igual que mis hermanos. Nacieron los niños que siempre nacen en toda familia normal, hijos, sobrinos, a los que amo con todo mi corazón y más.

Con mi marido tenemos cinco hijos, con cada nacimiento recordaba mi propia historia... ¿¿cómo pudo??, ¿¿por qué me regaló?? Un bebé, nada más indefenso en este mundo...

Esto alentaba a mis ganas de empezar la búsqueda, pero no sabía cómo hacer... Cada vez que sonaba el teléfono, cada vez que alguien llamaba a la puerta y mis hijos me decían, mamá: te buscan... pensaba... Bueno, me encontró al fin.

Pasaron veintiséis años del día que me enteré de mi sustitución de la identidad, mi mamá adoptiva, me dio un dato clave, a pesar de ser muy reticente al tema, me dijo: – Si algún día buscas a tu mamá biológica tenés que saber que no naciste el 15 de marzo como siempre creíste sino el 5 de marzo. Ese dato te va a ser útil.

Releo esta nota y parece sencillo. Quiero que sepan que los problemas psicológicos existen: La caída de la estima, la desvalorización, la sensación de abandono, la soledad, hasta experimente ataques de pánico a lo largo de mis cuarenta y cinco años. Nada tiene que ver mi familia adoptiva con todo esto, ellos me dieron la contención, el amor y todo lo que necesitaba para ser una persona feliz, que lo soy, pero siempre hay algo atrás que me hacía ruido... escuchaba voces y decía: (Veo gente muerta... Ja ja, no, mentira).

Retomando... Con el boom de internet tuve la herramienta justa para empezar algo que hacía tantos años me había prometido, tengo que contar también, que mi familia de ahora, mis hijos, mi marido, todos me apoyaron siempre en esta idea... Además de enseñarme a usar el medio.

Fué así que, un simple correo desparramado a todos mis contactos, y ellos a su vez a sus contactos, llega a un periódico de Comodoro Rivadavia (Crónica) y a una de sus columnistas, ¡jlo publica!!.

Yo nunca tuve ningún dato de mi familia biológica, solamente sabía el lugar y fecha de mi nacimiento, es más, creía que ellos eran de otro lugar de la Argentina, nunca me imaginé que seguirían en mi ciudad natal. Mi residencia actual es en Neuquén.

Y fue así como un contacto que no quiere develar su nombre, que conocía la historia de una mamá que había dado a su bebe al otro día de nacer, luego de muchas dudas y re planteos y consultas a sus amigos y familia tomó la decisión correcta y ¡me llamó!.

Con esta actitud, con datos en mano, con un millón de dudas, de miedos, hizo lo que tenía que hacer. Habló con mi marido porque mi emoción no me lo permitía... Y me dio los datos de ella. Todos los datos, edad, dirección, teléfono, el nombre de su marido, de mis hermanos biológicos, todo, ¡todo!... ¡Él mismo estaba sorprendido y no podía creer que fuera el nexo de semejante conexión!.

Yo lo escribo y hasta me cuesta creerlo... En esos días en mi casa no se hablaba de otra cosa. Mis hermanos de la vida que siempre me aconsejan, estaban al lado mío conteniéndome; mi hermano mayor, el que me dijo la verdad y que ahora está muy, muy lejos me llamaba

y me animaba al encuentro. Mi marido, mis hijos, viendo la manera de que no fuera doloroso ni para mí, ni para ella. Mi mami, que es ahora una ancianita que esta más allá del bien y del mal, me decía que no llore, cuando le contaba de que había encontrado a la persona que busqué toda la vida, y me acariciaba como lo que es... Mi mamá, y de esa manera ¡¡me daba su aprobación!!.

Así que, con el número de mi madre biológica en mis manos la llamé. Me atendió ella, me tembló todo. Sin malas intenciones, le dije que yo había nacido en el año 65 y que buscaba a mi mamá biológica; que el dato que yo tenía era que ella podía saber algo sobre este tema... Un NO rotundo sentí del otro lado del teléfono. ¡¡"Yo no sé nada!! me dijo". Yo replanteé, si no podés hablar te entiendo, decime cuando y a qué hora podemos hablar..., yo sabía que era ella, hay un sexto sentido que no te permite equivocarte en situaciones como esta, ¿Me dijo – Dónde estás ahora? (ahí terminé de confirmar). Yo le dije: Vivo en Neuquén. Llámame el jueves ¡me contestó...!

Mi cabeza era un revoltijo de dudas, miedo, no sabía si había hecho bien o si nunca tendría que haberla buscado, la quise, la odie, todo a la vez. No sé qué le habrá pasado a ella, pero sé que estuvo muy mal porque al otro día me llamó su marido, para confirmar fechas y evacuar dudas. Muy frío él, y tratando de que no fuera yo esa persona que ella abandonó hacía cuarenta y cinco años... Calculo que tendrá sus razones, y sabrá bien cuál fue su participación en esta historia, ya que él se casó con ella un tiempo después de mi nacimiento y sabía de mi existencia. Igual no es él quien a mí me preocupaba... Ni me preocupa.

Lo único que logró con esa llamada fue confirmar mi identidad, yo era hija de María. Por fin encontraba a esa persona de quien lo que deseaba eran explicaciones... Ver mi parecido con esa familia, mi lunar en la cara de otros, mis genes de obesidad, mi pelo ondeado y oscuro, mi retórica al hablar. Parece mentira, pero eso se hereda también...

Les tuvo que contar la verdad a sus otros hijos, quienes lo aceptaron y la entendieron, y creo, no estoy segura, que ella sufrió la misma crisis de identidad por la que yo pasé a los dieciocho años. Igual este es sólo mi punto de vista. Es difícil ponerse en el lugar del otro porque no mucha gente tiene crisis de identidad.

Eso que dicen que las comparaciones son malas, bueno, cuando uno no sabe de dónde viene, vive buscando compararse... Me acuerdo una señora en Bariloche me confundió con otra persona hace algunos años. Esa noche no dormí, pensando que podía ser mi hermana o alguna prima quien estuviera por ahí... Tenía ganas de salir a buscarla.

El tema es que en el mes de marzo viajé a Comodoro y la conocí, el día de mi cumpleaños cuarenta y cinco conocí a mi madre biológica, es hermosa; como yo, estaba nerviosa y depresiva, no sabía cómo arrancar el tema. El encuentro fué con sus hijos presente y yo con mi marido y mis nenas, ya habíamos hablado antes varias veces por teléfono, mis hijos mayores habían hablado con ella y ante sus justificaciones la comprendieron.

Yo quería el frente a frente y se dio, no hizo falta muchas explicaciones, ella me regaló porque su madre la obligó, apenas tenía die-

cisiete años cuando quedó embarazada y no supo que hacer, nadie sabía nada, su mamá la llevo al hospital y le dijo: – OLVIDATE DE ESTE BEBÉ, OLVIDATE QUE TUVISTE UN HIJO, ella es sumisa, ahora con sesenta y dos años se la ve tranquila, pero de poco carácter, llorando con mucha congoja me explicaba lo terrible que fue ese día para ella, yo lo sentí así, no le quedo más que hacer lo que su mamá le indicaba, estaba sola. – Nunca te hubiera regalado, te hubiese criado como a mis otros hijos... No supe que hacer – me dijo, y no necesité nada más, de repente entendí todo por lo que había pasado, lo que había sufrido, eso era todo lo que esperé saber en todos estos años, el por qué... Y la perdoné, obvio que la perdoné. Entiendo su experiencia de vida, no sé si la puedo llegar a querer, pero la respeto y la entiendo, además es lo mejor para mi salud mental... ¡Y para la de ella!, me dijo que cada noche rezaba por mí, para que yo estuviera bien, que no sabía cómo buscarme, que no sabía nada de mí, yo le dije que si sus hijos la perdonaban es porque fue una buena madre y que con eso compensaba todo lo que había pasado, me preguntaba una conocida si esto fue bueno, si me sirvió... Yo creo que sí, que es necesario para la vida de uno conocer su identidad, saber de donde salió, de conocer a las personas que hablan el mismo idioma de uno, que ríen igual, que hablan con los mismos gestos.

Creo que todos merecemos una oportunidad, ella también, ahora puede dormir tranquila, ese bebé que tuvo que dejar, hoy es una mujer bien cuidada, y bien criada...

Igual dos de mis tres hermanos biológicos no me aceptan mucho...

Claro hay que entender que la imagen que se vende después hay

que mantenerla y estas cosas por ahí afectan; de todas maneras, creo que ese es su problema y no el mío, yo me conformo con la amistad fiel de una de ellas, que va camino a ser mi mejor amiga, ese es uno de los regalos que me merecía, el enigma de mi vida ya lo resolví...

Además, yo tengo una familia, que me quiere, me acepta como soy, me cuida que, me aconseja, bah, una familia, que además estuvo al lado mío en todo esto; siento que hoy mis hermanos son las mejores personas que conozco sin ninguna duda, mi vieja es superior a cualquiera y mi marido es mi otra mitad, o sea, como cualquiera piensa de su familia.

A los que me preguntan ¿Qué sentís? ¿Cómo te fue? ¿Qué pasó?, les dedico esta nota, fue increíble, y necesario, ya van sanando las heridas y estoy convencida de que quedan en el tamiz muchas cosas buenas que iremos descubriendo de a poco.

Con María nos llamamos de vez en cuando hablamos de todo, de cómo nos sentimos. Me pregunta mucho por mis hijos, eso me reconforta, es una buena mujer... Con otros primos chateamos mucho y nos estamos empezando a querer, porque además nos parecemos mucho... confianzudos, charlatanes, entradores (Marcos, Vivi, Sandra), lindos, lindos... Bueno, si lo leíste, gracias; si me equivoqué, es mi característica principal, me equivoco mucho... Espero que esto sirva, si querés preguntarme algo estoy a tu disposición... Es una historia de vida más, que ¡¡ojalá aliente a muchas personas que buscan su identidad!!

Soy Claudia Borelli. ¡¡Gracias vieji, por llamarme así!!

Claudia Borelli, tiene 45 años y vive en Argentina.

La historia de Emmanuel

Nací en Oran, un pueblo de la provincia de Salta, Argentina. Según la documentación entregada por el juzgado de familia a mis padres adoptivos, figura que mi madre biológica falleció sin concretar fecha ni lugar, así como indica que mi padre biológico era alcohólico y me “regala” a una mujer, porque él no se podía hacer cargo de mí.

Esta mujer vivía en una villa barrio muy pobre y marginal de Salta, con una carga familiar muy disfuncional, desestructurada y problemática, con hijos de diferentes padres y, en ese momento, con una ex pareja que tenía un hijo pequeño en común.

Con ellos conviví varios años sufriendo malos tratos, abusos, desnutrición, violencia, drogas. Resumiendo, descubrí y viví el verdadero infierno. Al cabo del tiempo, tras sufrir la última escena de terror, tuve el valor de escapar de ese infierno y la policía me llevó a un orfanato donde viví un año.

Al finalizar ese año fui adoptado por una familia española que residía en Argentina en ese entonces. Al mes siguiente de ser adoptado, por motivos profesionales de mi padre, nos trasladamos a México,

donde descubrí otro mundo diferente, en el que me cuidaban, protegían y respetaban.

Desde el inicio de mi adopción, recibí importantes ayudas profesionales en terapias, clases particulares, pruebas médicas, etc. Pude completar mis estudios de bachillerato en EEUU, después regresamos a vivir definitivamente a España. Actualmente estoy terminando mis estudios en la universidad.

Hoy día sigo trabajando en el proceso personal y me doy cuenta que he pasado por largos periodos y épocas oscuras en todos estos años, repitiendo escenas de mi infancia, momentos significativos y de mucho conflicto en mi vida en la de mi familia adoptiva. Ahora cuando sueño y me veo de niño es como si estuviera viendo una obra de arte o de teatro, donde soy espectador de mi propia historia.

Mi objetivo principal en la búsqueda de orígenes es la necesidad de dar respuestas a las dudas constantes que tengo sobre mi familia biológica.

Emmanuel Ávila Silvan, tiene 29 años y vive en España.

Ser hija adoptiva

Llegó el día.

Sonó el portero eléctrico y Elena corrió a atenderlo.

– “Remis para Elena” – Escuchó decir a través del teléfono de pared.

– “Enseguida bajo” – respondió Elena, sintiendo un fuerte dolor en la boca del estómago debido a los nervios que tenía desde hace ya varios días.

Elena buscó sus cosas, agarró el ramo de rosas blancas y las medialunas que había comprado para llevarle, y llamó el ascensor. El tiempo se le empezó a pasar lentamente. Tuvo la sensación de haber estado esperando el ascensor media hora. Finalmente, éste llegó y Elena pudo bajar a la calle y subir al auto que la estaba esperando.

– “¿A dónde se dirige Señorita?” – preguntó el remisero.

– “A la calle Alsina al 345, en el barrio de Versalles” – contestó Elena. – “¿Sabe llegar?” – preguntó, suplicando para sus adentros que el señor le respondiese que sí.

Ella no conocía el barrio de Versalles, pero se había fijado en internet dónde quedaba y qué camino tomar para llegar desde su casa.

No obstante, ya se había olvidado toda la información averiguada. Los nervios que sentía, por el encuentro que se le avecinaba, no la dejaban pensar en nada.

– “Sí, sí, por supuesto. No se preocupe que la llevo por un camino por donde no vamos a agarrar tráfico” – respondió el remisero.

– “Gracias” – suspiró Elena aliviada.

El auto anduvo diez minutos y Elena empezó a relajarse. Respiró hondo, apoyó su cabeza en el asiento y comenzó a observar por la ventana. Era un día muy soleado. El cielo estaba completamente azul. No hacía ni frío ni calor. Era un día de otoño, de esos que hay en Buenos Aires, cuando todavía el invierno no se asoma, pero cuando el verano ya se despidió. El clima perfecto. Elena pensó que esa tenía que ser una buena señal.

Transcurrió media hora desde que se habían puesto en marcha en la puerta del edificio de Elena, en el barrio de Recoleta. Ella sabía que ya debían estar cerca.

– “No estés nerviosa que todo va a salir bien” – se dijo a sí misma en voz baja.

– “Perdón señorita, ¿me preguntó algo?” – le dijo el remisero.

– “No. Perdón... solo pensé en voz alta” – respondió Elena, preguntándose si se le notarían sus nervios.

– “Ya casi llegamos. Tres cuadras más y la dejo en su destino” – comentó el conductor.

‘Mi destino’, pensó Elena. ‘Qué distinto habría sido mi destino si esta mujer hubiese tomado una decisión diferente’, ponderó.

El remisero frenó el auto en la puerta de una casa modesta pero

que tenía su encanto. Elena le pagó, pero antes de bajar le preguntó:

– “Disculpe, ¿yo le podría pedir que vuelva a buscarme a esta misma dirección en dos horas?”

– “Sí, por supuesto. En dos horas la espero acá mismo. Quédese tranquila”. – le respondió el señor.

Elena agarró las flores, las medialunas y su cartera y se bajó del auto. Se paró frente a la reja negra que estaba delante de la casa. Respiró hondo y tocó el timbre. Después de cinco minutos se abrió la puerta y salió una señora mayor. Finalmente, se encontraban después de veinticinco años, Elena y la mujer que le dio la vida.

Mi nombre es Florencia Lalor. 'Elena' soy yo. Este relato es parte de mi historia. Nací el 14 de junio de 1980 y fui entregada en adopción. Llegué a la casa de mis papás con solo diez días de vida.

Siempre supe que era hija adoptiva. Mis papás me lo contaron cuando era chiquita, y lo hicieron a través de un cuento que nunca me olvidé: “Yo estaba en el cielo con Dios, esperando venir a nacer y vivir con mis papás. Pero como mi Mamá no podía tener hijos, Dios simplemente decidió mandarme a la panza de otra señora, e hizo que mi Mamá y Papá me fuesen a buscar a su casa”.

A partir de este relato tan simple, siempre pude entender mi adopción con naturalidad. Además, en mi casa siempre se habló del tema. Siempre pude preguntar acerca de mis padres biológicos, y mis papás adoptivos siempre me dijeron que, si alguna vez quería buscar a mi familia biológica, ellos me iban a ayudar.

El hecho de que mis papás siempre hayan aceptado que hay otra parte de mi historia de la que ellos no participaron, y que siempre lo

hayan podido dialogar conmigo sin problema, fue algo fundamental para mí. Esto fue lo que me permitió aceptar esa parte de mi historia que es triste... esa parte que nadie menciona y que, en general, a nadie le gusta mencionar... el lado triste de la adopción, que es el abandono de un hijo, sin importar la razón. La adopción tiene dos caras: una llena de alegría y la otra en donde abunda la tristeza. Por un lado, dos personas, o una, se convierten en los padres que tanto anhelaban ser. Por otro lado, una madre y un padre pierden la posibilidad de criar a su hijo, y un hijo es separado de sus padres de nacimiento.

Siendo hija adoptiva, creo que tengo derecho a decir que es necesario hablar de estas dos caras de la adopción. Siempre. Los hijos adoptivos tenemos dos pares de padres, ambos con roles muy distintos en nuestra vida, pero ambos importantes y parte de nuestra historia. Ninguno excluye al otro. Para nosotros es simplemente nuestra realidad, la cual no es el común de la regla. No es ni peor ni mejor, solo diferente. Y el silencio hace que nuestra realidad sea todavía menos común. Lo que no se nombra, desde el silencio, desorganiza la vida, los sentimientos y la inteligencia.

Yo siempre quise saber esa parte de mi historia que no sabía y, como ya mencioné antes, siempre pude hablar con mis papás adoptivos al respecto. Así, cuando tenía veinticinco años conocí a mi madre biológica. Tuvimos dos encuentros y no volvimos a tener contacto hasta trece años después, cuando yo la volví a contactar para pedirle información acerca de mi padre biológico. Nos reunimos una vez más y me dio la información que yo tanto quería.

Un tiempo después, logré contactarme con mi padre biológico y

tuvimos una conversación por teléfono.

Hasta hoy no supe más nada de él.

Sin importar el desenlace de la búsqueda de mis orígenes, finalmente siento paz. Conocer y saber mi pasado me ayuda a vivir mi presente, y me permite planear y pensar un futuro.

Florencia Lalor, tiene 42 años y vive en Argentina

Mi nombre es Javier

Nací hace cuarenta y tres años en la provincia de Formosa, más precisamente en Ingeniero Juárez, que es un pueblo muy humilde que está 500 kilómetros de la capital provincial.

Mi madre biológica tenía quince años cuando yo nací. Ella fue una valiente: se decidió por la vida y eligió darme en adopción. Mi Mamá Nené (Haydeé) trabajaba en el Ministerio de Salud de la Nación y viajó a Ingeniero Juárez con un grupo de médicos, en el marco de una tarea de observación de la precariedad de la salud pública en las zonas del interior de Formosa.

En Ingeniero Juárez no había hoteles, sólo una casita de unas monjas que trabajaban mucho con los aborígenes de la zona, ayudándolos en materia de salud y educación.

Una noche entró una de las monjas, la hermana Gracia, y le pidió si podía acompañarla. Había una chica que estaba por dar a luz y lo quería regalar, término que se usa mucho en nuestro interior, regalar un hijo.

Nené, sin dudarle: «Sí, vamos, te acompaño». Al entrar a la salita,

Nené le dijo a la hermana Gracia que no buscara más: «Yo lo adopto». Gracia la miró y le lanzó: "Vos estás loca». Nené, soltera, sin hijos, en algún momento había pensado en adoptar. Ahora tenía la oportunidad. Me vio, me abrazó, hizo algunos papeles como para poder seguir los trámites y me trajo a Buenos Aires.

Siempre supe que soy adoptado. Nené me contó una historia muy linda, como para suavizar el sentimiento de abandono que siempre nosotros, los adoptados, tenemos.

Me contó que mi papá se había muerto trabajando en el monte y que mi mamá se había muerto de tristeza.

Esta historia me acompañó hasta los dieciocho años, cuando un día me sentó a tomar unos mates y me contó que en realidad esa historia era para protegerme, que ella había conocido a mi madre biológica y que era muy chica cuando yo nací. Tenía quince años, como dije, seguramente vivía en el mismo lugar donde yo había nacido.

Luego de recibida esta noticia comenzó mi interés y necesidad de conocerla, de conocer mis orígenes, sobre todo saber a quién me parecía. Mi mamá, de origen alemán, y yo, un morocho del monte formoseño. Claramente no nos parecíamos en nada. Eso era lo que más me llamaba la atención, conocer a quién me parecía, conocer mis raíces, mi identidad.

Tuve dos oportunidades de conocerla. La primera fue fallida, ella estaba aún casada y cuando su marido se enteró que yo había llegado al pueblo se la llevó a Salta. No la pude conocer.

La segunda fue unos años después, con el nacimiento de mi primer hijo, Ignacio, mi primer lazo de sangre. Me removió nuevamente la

necesidad de conocer mis orígenes, de conocer a mi madre biológica. Mamá se acordó de que había una persona que podíamos contactar, un cura que estaba todavía en la zona y que había estado cuando yo nací. Lo contacté. Se llama Francisco Nazar. Coordinamos para que fuera a Formosa. Viajé, me encontré con él y juntos fuimos hasta Ingeniero Juárez.

Dimos unas vueltas en la camioneta y llegamos hasta una casa muy sencilla, muy humilde. Al escuchar el auto salieron de la casa dos mujeres. Una de ellas era igual a mí, era ella mi mamá, mi mamá biológica.

Bajé de la camioneta, nos abrazamos, me presenté: «Me llamo Javier», le dije. «Hola, me llamo Clara».

Sol, mi mujer, estaba embarazada de mi segundo hijo, una nena a quien le habíamos puesto Clara, cosas del destino.

Lloramos, nos abrazamos. Fue cerrar un círculo que tenía que cerrar, un velo que tenía que descubrir.

***Javier Walter, tiene 47 años, es Ingeniero Industrial,
está casado y tiene 4 hijos.***

Hola. Soy Víctor

Fui adoptado a los seis días de vida por una familia, casi por casualidad. Los Balseiro eran una familia de las que se dice 'tipo': mamá, papá, hija e hijo.

Un día, el perro de la familia Balseiro se murió. Entonces, Leonor, la jefa de la familia, tomó un dinero y fue hasta la veterinaria del barrio a comprar otro cachorro. Mientras esperaba que la atendieran, un hombre que estaba allí, aguardando su turno, le preguntó qué había ido a hacer a ese local. Ella le respondió que su intención era comprar un cachorro para su familia.

Este buen señor bajó su mirada y se quedó pensando (lo cual extrañó tanto a Leonor, quien no se animó a preguntarle nada).

Unos minutos después, el hombre le dijo a Leonor que se había quedado pensando si alguna familia tendría la misma disponibilidad para adoptar un bebé que a un perro. Dicha comparación sonó muy extraña.

Ella le dijo: "¿Por qué me dice esto a mí?", y él le contestó: "Perdón, es cierto. Lo que pasa es que conozco una nena de dieciséis años que acaba de dar a luz. Es tan solo una niña y está sola. Es de

un pueblo del interior. Vino a trabajar a la ciudad. Su familia no sabe que ella estaba embarazada y mucho menos que dio a luz. Lo quiere dar en adopción a cambio de un poco de dinero para poder pagar el pasaje para volver a su pueblo”.

Leonor ni lo pensó. Simplemente le dijo: “Lléveme con ella que quiero conocerla”. “¿En serio?”, preguntó él asombrado. Y así fueron hasta donde vivía esa joven con su bebé recién nacido.

Leonor le dio todo el dinero que tenía encima, equivalente para comprar un perro y tal vez un poco más, y volvió a su casa con un bebé de seis días de vida envuelto en una manta.

Hasta el día de hoy, nunca pude imaginarme la cara de los tres miembros de esa familia cuando esperaban un perro y en su lugar llegó un bebé de seis días que no tenía ni nombre, ni documentos, ni fecha exacta de nacimiento.

Cuenta la historia que lo primero que hizo esa mujer fue llamar al médico de la familia para una revisión general de ese nuevo integrante. Todo estaba bien. Ahora había que anotarlo en el registro civil y ponerle un nombre: “Que se llame Víctor, como su abuelo” dijo Leonor. Pero faltaba la fecha de nacimiento.

Desde entonces cumplo años cada primero de mayo, por orden de mi madre. Según ella, era el día ideal ya que nadie se iba a olvidar de saludarme.

Y así fui creciendo, con esos recuerdos de una familia absolutamente mía, sin ninguna sospecha de no parecerme a ninguno de ellos cuatro, al menos en lo físico. Y ellos, que me habían adoptado siendo ya grandes de edad, empezaron a partir.

Mi papá, Juan Antonio, se fue cuando yo tenía cinco años. Mi hermano Juan, a mis ocho años y mi vieja del alma cuando cumplí quince. Ellos tres se fueron sin poder contarme sobre mi origen.

Supe la verdad de mi nacimiento cuando tenía dieciséis años. Me produjo una extraña sensación no poder ni agradecer, ni reclamar, ya que no tenía a quien preguntarle.

En agosto del '83, después de la muerte de mi mamá, sin saber a dónde ir a parar, fui nuevamente recibido por una familia, la cual era amiga de mis padres. De hecho, eran tan amigos de mis papás que yo los llamaba 'tíos', y ellos fueron quienes me recibieron, de la mejor manera.

Fue en ese momento cuando empecé a experimentar una nueva sensación de familia y con muy buenos recuerdos. Tantos recuerdos que cuando nuevamente llegó mayo para celebrar mi primer cumpleaños con ellos, la casa se llenó de tíos y primos nuevos. Hubo que hasta presentarme a algunos.

Recuerdo muy bien cuando una tarde de sábado del mes de octubre de 1984 me dijeron, cara a cara, que había sido adoptado. Las primeras sensaciones que sentí fueron de gratitud y de pena. Pena por no poder agradecer a mi vieja tanto amor y sacrificio (con todo lo que significa criar a un hijo tratando de ser madre y padre al mismo tiempo).

Mi Mamá me mandó al Colegio San José de Morón (que era uno de los mejores de Zona Oeste) y, aunque yo sabía de su esfuerzo trabajando todo el día, no dejaba de sentir su ausencia en los típicos actos escolares y reuniones de padres.

Les aseguro que todos estos recuerdos me dibujan una sonrisa en el rostro, cada vez que aparecen. Fui muy feliz en todos esos años y hoy puedo comprender que no se animara a contarme esa historia del cachorro que fue a buscar, o que el primer abrazo que recibí en mi vida no había sido de parte de ella.

En este último tiempo, reflexioné mucho sobre mis orígenes. Intenté imaginarme a aquella niña de dieciséis años, embarazada, en esos momentos. Pienso mucho en la valentía de seguir adelante con ese embarazo, sola y lejos de su familia.

No puedo evitar imaginarla hoy en día, y cuando veo pasar cerca mío a una mujer de su edad aproximada (si yo tengo cincuenta y un años, ella tiene sesenta y siete), y me pregunto: "¿Cómo será?".

Nunca supe de ella, ni su nombre, ni ese pueblo a dónde ella regresó en aquel tiempo. Soy muy consciente de que sería casi milagroso encontrarla ya que fui anotado directamente con mi nombre y apellido actuales. No hubo proceso de adopción alguno (en esos años la entrega directa era más común). Tampoco viven ya los familiares que estuvieron presentes en esos años.

Habitualmente circulan por mi mente algunas cuestiones como: "¿Me gustaría encontrarla? ¿Quisiera verla cara a cara? ¿Qué le diría mirándola a los ojos?". Me hice todas estas preguntas y alguna más también, y en ninguna respuesta aparece la palabra "reclamo"; más bien aparece el agradecimiento.

Lo escribo. Parece fácil, pero quién sabe cuál sería mi reacción en esa situación.

Tengo como referencia un amigo que pudo encontrar a su mamá

en un pueblito perdido en el interior de nuestro país, y pude preguntarle qué le dijo, qué sintió, y me respondió: "Ya está, cerré mi historia, agradeciéndole". Y me pareció algo simple y enorme al mismo tiempo.

Hoy, ya no me queda otra opción que aceptar que se abre como una especie de "oficina de reclamos" cuando un médico me pregunta antecedentes familiares de esto o aquello, y le respondo que la verdad es que no lo sé, ya que soy adoptado. El médico sonrío y me pide disculpas (a lo que respondo invariablemente "usted no tenía por qué saberlo...").

Soy Víctor Balseiro, hijo de Leonor y Juan Antonio, y a pesar de que se fueron hace muchos años, y consciente de que aún no sé ni el nombre de la mujer que con sólo dieciséis años tuvo la valentía y el coraje de darme en adopción, a veces miro al cielo y me pregunto: "¿De qué planeta viniste?".

Orgullosamente ADOPTADO.

Victor Balseiro, tiene 54 años y vive en Argentina.

Bolivia



Me llamo Nathaly Soza Télez de Jossi



Yo nací en La Paz Bolivia y viví allí hasta principios de diciembre del 2003. A finales de este mismo año me trasladé a Suiza que es en donde vivo hoy en día.

Acá fue que me enteré de que soy adoptada, fue en el año 2004, por mi mejor amiga que lamentablemente ya falleció.

Hoy, dieciocho años más tarde recuerdo aquella tarde cuando me enteré de esto como si fuera ayer. Después de una discusión muy fuerte con mi mamá adoptiva me fui a donde mi amiga, con estas palabras que mi mamá adoptiva me había dicho pocos minutos antes:

“Madre es la que cría y no la que pare”. Yo le conté esto a mi mejor ami-



ga, recuerdo que ella se puso blanca cómo un papel y empezó a llorar. Ella me decía: “Tienes que hablar con tu mamá”. Pero al yo darme cuenta de que ella sabía algo, no la solté hasta que me contó toda la verdad. En ese momento yo sentí un dolor y un vacío tan grande en el corazón, fue como caer a un precipicio que hasta el día de hoy no tiene fondo. Este vacío tan grande que llevo conmigo no lo podrá llenar más nadie que esa personita que me dio la vida. Y esa personita eres tu mamá. Mi deseo más grande es poder-te abrazar y recuperar todos estos años perdidos.



Mi Laberinto

Creo que me he perdido en mi laberinto.

No encuentro el camino correcto.

Dime por dónde caminar para yo así poderte encontrar.

Camino y camino sobre calles que han sido asfaltadas por mis lágrimas y a veces ya no puedo ni mirar.

No sé hacia dónde me llevará este caminar, pero sé que tú estás ahí esperándome para juntas volar y por fin de este laberinto poder escapar.

Un abrazo fuerte de tu hija Nathaly.

Nathaly Soza, no tiene certeza de su edad, quizás tenga 35 años y vive en Suiza.



Celebrar la vida, honrar la muerte

Las lágrimas de "Alma", ese 23 de mayo de 1980, eran de dolor, estaba a punto de parir a su octava guagua (bebé). Son las diez de la mañana. El llanto de la guagua recién nacida irrumpe en ese hospital de la ciudad de El Alto. Pero no es un llanto que anuncia la vida, es un llanto que reclama el calor, la voz, la presencia de la persona con la que durante nueve meses había sido un solo ser.

Mientras tanto, en una oficina de la ciudad de La Paz, está Virginia o Vicky, como la llaman en casa. Está archivando la correspondencia, es viernes, mañana es su cumpleaños. Todavía no sabe si lo va a celebrar o si hará algo especial. Suena el teléfono: "Servicio Nacional de Caminos, buenos días". Contesta. "¡Vicky! Hay una guagüita". Vicky agarra fuerte el auricular del teléfono como para asegurarse que la llamada es real. "¿Cómo?". ¡Sí, sí, sí! Te cuento que acaba de nacer, su mamá se ha muerto, su papá dice que va a poder hacerse cargo" ¿Quieres?" ¡Claro que quería! Llevaba tres años tratando de ser madre y no había podido. Esa llamada era el mejor regalo de cumpleaños. Anota la dirección, llama a Adolfo, su esposo, toma su cartera y sale

corriendo; todo lo demás puede esperar.

"¿Será niña o niño?" No había preguntado, tampoco importaba. "¡No tenemos ni una manta! ¿En qué va a dormir esta noche?! No importa, ya veremos que hacemos". El tráfico en la autopista que lleva hacia El Alto, afortunadamente está despejado, falta poco por llegar.

Es mediodía. Las lágrimas de Vicky, al recibir en sus brazos a esa guagua recién nacida, son de alegría. La toma en sus brazos, la sostiene con cuidado, la mira con ternura y le susurra bajito: "Karla será tu nombre, desde ahora y para siempre". Por fin era mamá. Karla no reconoce esa voz, tampoco ese aroma; y no importaba con cuánto amor la sostengan en ese momento, ella sabía que esos brazos no eran los de su mamá. Acababa de nacer y acababa de perderlo todo.

El tiempo pasa, Karla crece. Le gusta manejar bicicleta. Va con su mamá a todo lado y en una de esas reuniones familiares, de repente, una de las niñas le dice: "Eres adoptada". "¿Adoptada? ¿Qué significa ser adoptada? ¿Por qué me lo dice? ¿Por qué me duele escucharlo?" Tiene siete años y pregunta: "¿Mamá, soy adoptada?" Vicky respira profundo, ella sabe que ha llegado el momento de contarle a su hija la historia del día en que nació. "Había una vez una pareja que no podía tener hijos, hasta que un día recibieron una llamada y les avisaron que había una guagüita que se había quedado sin familia".

No hubo preguntas en ese momento. El tiempo fue pasando. De vez en cuando Karla fantaseaba con que esa familia en la que no había crecido era de alguna comunidad en Copacabana y por eso le gustaba tanto viajar y caminar por las orillas del Lago Titicaca.

Un día, caminando por la calle, pocos días después de su cumpleaños treinta y cuatro, su interlocutor le dice: "Oye, no te pareces ni a tu mamá ni a tu papá". Era cierto, no se parecía físicamente a ninguno de ellos, ella sabía que era adoptada. No tenía ni las manos de su papá, ni la sonrisa de su mamá, mucho menos los ojos azules de la abuela que acababa de morir.

"No te pareces", tres palabras que rompieron la niebla en la que ella había vivido todo este tiempo. "¿Si no me parezco a nadie de mi familia, entonces a quién me parezco?", se pregunta. "¿Cómo saberlo?"

¿Dónde puedo tener información?"

Vuelve a pedir a su mamá que le cuente de nuevo la historia de cómo había llegado a su familia. No había muchos datos más. Le pregunta si tal vez sabía el nombre del hospital. Su mamá le dice que no recordaba pero que iba a intentar recordarlo; de todas maneras, tampoco servía de mucho. Cuando ella había nacido, a su mamá le entregaron el certificado como si ella la hubiese parido. Había un documento que su papá había firmado renunciando a cuidarla, pero ese documento hace tiempo que se había perdido. No había más información, no había más datos.

Un día, en una entrevista que le hacen a su mamá, ella recuerda que Karla nació en el Hospital 20 de octubre de Ciudad Satélite. Un dato más. Busca en internet, pone el nombre del hospital y encuentra: "Ex Hospital 20 de octubre". Actualmente, ahí funciona una oficina de la alcaldía de El Alto". Cualquier esperanza o posibilidad de encontrar alguna información más, en ese momento, se había esfumado. Sin

embargo, cuando no sabes nada, un dato, el más mínimo, ayuda a llenar los vacíos de la historia. Así que decide que irá a ese lugar, aunque no sea más hospital, aunque no haya un archivo en el que buscar. Después de todo, ese fue el último punto de encuentro con ese ser que le había dado la vida.

Es domingo, es de noche, está frío y otra vez, es su cumpleaños. Parada frente al bloque de cemento que conserva ese color verde pálido, típico de hospital público y, que, además, "casualmente" tiene un par de ambulancias parqueadas en la entrada, suelta un llanto desconsolado, llora como hace cuarenta y un años exactos. Afortunadamente, está acompañada. La abrazan, la consuelan, pero nada importa en ese momento, ella sabe cómo hace cuarenta y un años que esos brazos no son los de su mamá. En ese momento, Karla se da cuenta que durante todo este tiempo estaba viviendo en duelo.

Como todos los duelos, en algún momento tienen que cerrarse y, para ese cierre especial eligió el Lago Titicaca, ese lugar que para ella es mágico y donde durante mucho tiempo había fantaseado como el lugar en el que quizás hubiera crecido. Es su cumpleaños, había avisado a su mamá y su hermano que quería pasar sola el día de su cumpleaños en ese lugar. No entendía muy bien porqué, los tres cumplían años en fechas muy seguidas y acostumbraban a celebrarlo juntos. Entonces, su mamá respira profundo y siente que, de alguna manera, también tiene que dejarla ir.

Es lunes, 23 de mayo, despierta en Copacabana, el sol está a punto de salir, se alista y camina hacia la orilla del Lago y parada frente a la inmensidad, mete la mano al bolsillo y saca una carta, la primera

carta que hace unos meses le había escrito su mamá:

“A veces quisiera encontrarte en mis sueños. ¿Te reconocería fácilmente? Te imagino bajita, como yo, y, de piel morena, como la mía.

¿Tendré tu sonrisa? ¿Quizás tus ojos? ¿Me pareceré a ti? Hoy cumpla cuarenta y dos años. ¿Tendrías esa edad cuando nací? ¿Sufriste mucho? ¿Alcanzaste a escuchar mi llanto? ¿tuviste tiempo de pedir que cuidaran de mí? Siento tanto que hayamos perdido la vida que pudimos vivir. A veces pienso en mis hermanos. ¿Pensarán ellos en mí? Quiero que sepas que Vicky, mi mamá, me recibió con amor y cuidó mi vida. Me dio un nombre: Karla. ¿Tenías un nombre para mí? Yo decidí llamarte Alma, porque, aunque nunca sabré tu nombre, es así como vives en mí.

En ese momento, una gaviota alzó vuelo, mientras lágrimas silenciosas recorrían sus mejillas.

Mi nombre es Karla y desde ese día, en mi cumpleaños celebraré la vida y también honraré la muerte.

Este cuento fue presentado el 19 de agosto de 2022, como parte de la muestra del Taller de Narración “Contando historias desde nuestros adentros”.

Karla Calderón Monroy, tiene 42 años y vive en Bolivia.

Before, during & After

The last weeks BEFORE my first return trip to my native country Bolivia was chaotic. There was so much uncertainty. Not until two days before I was supposed to leave Sweden, the country I was adopted to, I knew that I would be able to leave as planned, on June 30 2022. Leaving Stockholm that day to travel to Bolivia felt unreal. After a crazy travel experience the plane finally touched ground in Cochabamba, the city I was born in. A city I had left four weeks old. A city I never got to experience. A culture I have very little knowledge of. Bolivia, I wish I could say I knew more about this country, but I can't. I wish I could say I speak Spanish, but I don't.

It's hard to explain the feelings returning to Bolivia for the first time after so many years. DURING my time in Bolivia there were many mixed emotions. It felt so good to be among people that resembled me. My black hair, brown eyes, my skin color and my height didn't stand out. A feeling of belonging grew stronger each day. I could blend in. I loved to hear people talk Spanish, around me and to me.

But this was also as frustrating as I had anticipated. I only know a

little Spanish and very quickly that was revealed. Walking the streets of Cochabamba, I wondered what would have been if I had stayed. There are still so many questions to many I will never get an answer.

Instead, I tried to take it all in, become a part of everything that was there. Just breath and let my body be in the present. I collected things from different places. Memories. I also bought things. More memories. Leaving Cochabamba was very hard. I didn't want to leave. I wanted to stay. But arriving in another city in Bolivia, La Paz, was exciting but in a different way. Here I also met some amazing people who made me feel very welcome. There are so many stories from this journey and I will carry them with me forever. There are happy unforgettable memories and there are feelings of sorrow, things that didn't turn out the way I had hoped. Entering and leaving Bolivia was also a very strange experience. I don't think I ever been questioned about my identity as much as I was going through customs in Bolivia.

AFTER my visit to Bolivia all I wanted was to go back. Every day. Everything was different. I was different, my surroundings felt different. I tried to keep the link to Bolivia as strong as possible. I feared that as Time passed memories would get vague and unclear. I kept in close contact with a few people I got to know both in Bolivia and in other countries, adoptees and non-adoptees. I experienced having strong feelings of both happiness and sadness at the same Time. I was such a joy to talk to my new friends in Bolivia, yet I could cry at the same Time because it also reminded me of all that I was missing. I missed my new friends. I missed being around people who looked like me. I missed this new feeling of belonging. I missed so much. But it also reminded me

of what I once lost.

Being adopted I lost part of my heritage. I lost a language. I lost a mother. I lost a brother. I have very little information about my first family and that hurts the most. It's still hard to describe in words what I felt and feel. What feels good is that if people ask, I can now say I have been back and I know a few places in Cochabamba and in La Paz because I have been there and I made a bunch of memories from all kinds of experiences. I really hope I will return someday but until then I will carry all my memories of Bolivia close at heart and I will try and make Bolivia present in my life here in Sweden even though I am far away and there is a sea in between.

Teresa Alton Borgelin, is 48 years old and lives in Sweden.

Antes, durante y después

Las últimas semanas ANTES de mi primer viaje de regreso a mi país natal, Bolivia, fueron un caos. Había mucha incertidumbre. No obstante, dos días antes de salir de Suecia, el país en el que fui adoptada, supe que podría irme como estaba previsto, el 30 de junio de 2022. Salir de Estocolmo ese día para viajar a Bolivia me pareció irreal.

Después de una loca experiencia de viaje, el avión finalmente tocó tierra en Cochabamba, la ciudad en la que nací. Una ciudad que dejé con cuatro semanas de edad. Una ciudad que nunca llegué a experimentar. Una cultura de la que tengo muy poco conocimiento. Bolivia, me gustaría poder decir que sé más sobre este país, pero no puedo. Me gustaría poder decir que hablo español, pero no lo hago. Es difícil explicar los sentimientos de volver a Bolivia por primera vez después de tantos años. DURANTE mi estancia en Bolivia hubo muchas emociones encontradas. Me sentí tan bien al estar entre gente que se parecía a mí. Mi pelo negro, mis ojos cafés, mi color de piel y mi altura no destacaban. El sentimiento de pertenencia se hacía más fuerte cada día. Podía mezclarme. Me encantaba oír a la gente

hablar en español, a mi alrededor y conmigo. Pero esto también era tan frustrante como había anticipado. Sólo sé un poco de español y muy pronto eso quedó al descubierto.

Caminando por las calles de Cochabamba me pregunté qué habría sido de haberme quedado. Hay tantas preguntas a las que nunca podré responder. En cambio, intenté asimilarlo todo, convertirme en parte de todo lo que había allí. Sólo respirar y dejar que mi cuerpo estuviera en el presente. Recogí cosas de diferentes lugares. Recuerdos. También compré cosas. Más recuerdos. Dejar Cochabamba fue muy duro. No quería irme. Quería quedarme. Pero llegar a otra ciudad de Bolivia, La Paz, fue emocionante, pero de una manera diferente. Ahí también conocí a personas increíbles que me hicieron sentir muy bienvenida. Hay muchas historias de este viaje y las llevaré conmigo para siempre. Hay recuerdos felices e inolvidables y hay sentimientos de tristeza, cosas que no salieron como yo esperaba.

Entrar y salir de Bolivia fue también una experiencia muy extraña. Creo que nunca me han preguntado tanto por mi identidad como al pasar por la aduana en Bolivia. DESPUÉS de mi visita a Bolivia, lo único que quería era volver. Cada día. Todo era diferente. Yo era diferente, mi entorno se sentía diferente. Intenté mantener el vínculo con Bolivia lo más fuerte posible. Temía que a medida que pasara el tiempo, los recuerdos se volvieran vagos y poco claros. Me mantuve en contacto con algunas personas que conocí tanto en Bolivia como en otros países, adoptados y no adoptados. Experimenté tener fuertes sentimientos de felicidad y tristeza al mismo tiempo. Era una alegría hablar con mis nuevos amigos en Bolivia, pero podía llorar de la misma manera,

porque también me recordaba todo lo que me faltaba. Echaba de menos a mis nuevos amigos. Echaba de menos estar rodeada de gente que se pareciera a mí. Echaba de menos este nuevo sentimiento de pertenencia. Echaba de menos muchas cosas. Pero también me recordó lo que había perdido. Al ser adoptada, perdí parte de mi herencia. Perdí un idioma. Perdí una madre. Perdí un hermano. Tengo muy poca información sobre mi primera familia y eso es lo que más me duele. Es difícil describir con palabras lo que sentí y siento. Lo que se siente bien es que si la gente me pregunta ahora puedo decir que he vuelto y que conozco algunos lugares en Cochabamba y en La Paz, porque he estado allí y he hecho un montón de recuerdos de todo tipo de experiencias. Realmente espero volver algún día, pero hasta entonces llevaré todos mis recuerdos de Bolivia cerca del corazón e intentaré que Bolivia esté presente en mi vida aquí en Suecia, aunque esté lejos y haya un mar de por medio.

***Teresa Alton Borgelin, tiene 48 años, vive en Suecia
y nos autorizó la traducción de su texto original.***

Colombia



Re-conectando con mi linaje

¿Cómo le hago para decirle a mi madre Rosa Arcelia que aquí estoy en Colombia?

¿Cómo hago para oír su voz y sentir el olor de su piel, aunque sea por un instante?

¿Cómo hago para abrazarla y darle las gracias por haberme dado la vida?

¿Cómo hago para decirle que estoy bien?

¿Cómo hago para decirle que la amo desde lo profundo de mi corazón, aún sin conocerla?

¿Cómo hago para hablar con ella?

¿Cómo hago para preguntarle quién es mi papá?

¿Cómo hago para que me vea y que sepa que me parezco mucho a ella?

¿Cómo hago para retroceder el tiempo y entender todo lo que pasó?

¿Cómo hago para tocarle las manos y sentir su piel?

¿Cómo hago para que ella sepa que estuve siete años cerca de ella?

- ¿Cómo hago para oír SU versión de mi adopción?
- ¿Como hago para enseñarle mis fotos de niña?
- ¿Cómo hago para decirle que no esté triste?
- ¿Cómo hago para quitarle ese profundo dolor que la mató?
- ¿Cómo hago para verla?
- ¿Cómo hago para decirle que soy feliz?
- ¿Cómo hago para simplemente verla?
- ¿Cómo le hago?

Nosotros los adoptad@s tenemos TANTAS preguntas abiertas que nunca nadie responderá. Es la misma situación como cuando una persona desaparece de un día a otro, y nadie sabe qué fue lo que pasó.

Para mí es muy importante hablar sobre lo que he vivido y lo que me tocó vivir como adoptada. Para que tú también sepas lo que pasa en nuestras almas y corazones. No somos "bichos raros", sino que llevamos un profundo trauma de abandono dentro de nosotros, del cual nadie sabe, y del cual nadie habla por la misma razón.

A mí me tocó elegir a mis cuarenta y ocho años de edad: Seguir viviendo en mi victimismo, sintiéndome abandonada, rechazada o siempre rencorosa, o ser la que sobrepasa esta etapa - con ayuda externa - y empieza a soltar, a perdonar y a ser amable y amorosa conmigo misma, y con todo mi alrededor.

Me tocó tocar fondo para entender que así no era la vida que yo quería para mí. Me dejé ayudar para ayudar. Aprendí poco a poco a amarme a mí misma. Aprendí que soy yo - y nadie más - la que la elección, la que decide vivir HOY conmigo, en armonía con cariño y respeto, para seguir adelante. Aprendí y acepté que es: primero yo. Si

no soy capaz de amarme, quererme y respetarme a mí misma, no voy a ser capaz de hacerlo con nadie, ni con mi pasado, ni con mi futuro.

Hoy, casi cinco años más tarde de mi sanación, hoy con cincuenta y dos años estoy nuevamente en mi patria Colombia, por sexta vez.

Hoy tengo la certeza que mi madre Rosa Arcelia está conmigo. Que me acompaña desde el día que fuimos separadas. Ese "lazo umbilical" está presente todavía, Sé y siento que puedo hablar con ella. Sé que ella me escucha y que me espera con los brazos abiertos.

Sé que el día que me muera la voy a ver, por fin.

A mí no me queda más que sentirla y hablarle, de ser feliz YO por ella. De ser YO la que está aquí por ella, de ser YO la está sanando, soy YO la que, al sanarme a misma, sano a TODO mi linaje. Todo lo que hago por mí, lo hago por las dos.

Soy yo la que elige, la que le dice SI a la vida. Soy yo la escogida de cambiar el curso de TODA una familia.

No fue fácil, claro que no, pero valió la pena. Valió la pena llorar por nueve meses y dejar ir todo lo que sentía. Valió la pena de aprender a vivir en el ahora y ya no en el pasado.

Entendí que soy YO la que cura ahora las heridas - por las dos.

Soy YO la que está aquí en el mismo país en donde ella me dio vida y murió POR mí.

Hoy le doy nuevamente las gracias a mi madre Rosa Arcelia.

Hoy soy la Catalina amorosa, amable, ruidosa, única, linda, feliz, colombiana y suiza a la vez, hoy soy hija de dos madres y dos pa- dres, hoy soy Catalina y no "la adoptada". Hoy soy perfecta...

Gracias madre, hasta el cielo, gracias Colombia, tierra patria.

Gracias universo, gracias por ser capaz de regresar a estar con ella en nuestro país y darme el permiso de ser yo - a como soy - a como siempre seré.

Catalina Pfranger es Mentora de reconciliación, tiene 52 años.
www.catalinapfranger.com



Lost y Found

Mi nombre es María, tengo ocho años y me fascina jugar deportes y escuchar música. Soy un poco tímida, hasta que me siento en confianza con nuevas personas. Tengo los ojos color café oscuro, como el café de mi tierra natal, Colombia.

Un día estaba de regreso con mi familia después de pasar unos días de vacaciones en las montañas. Siempre llevaba mi peluche preferido conmigo, se llamaba Fuzzy. Estaba asomada a la ventana del carro mirando pasar los árboles y las casas, cuando me di cuenta de que Fuzzy ya no estaba conmigo. Me di cuenta de que lo había olvidado en el hotel.

No sabía qué hacer porque ya estábamos lejos del lugar. No quería que mi papá tuviera que volver sólo por mi osito de peluche. No era el fin del mundo, ¿o sí?

Gradualmente empezaba a sentir un sentimiento extraño, era más allá de solo tristeza; era un dolor de incertidumbre y culpa por haber dejado a mi querido amigo.

Lo había abandonado sin querer, no fue mi intención. ¿Qué pensará Fuzzy? ¿Cómo se sentirá? ¿Alguien lo habrá encontrado? ¿Esta-

rá solo y enojado conmigo? Todas estas preguntas pasaban por mi mente y estaba muy callada en el carro. Ya casi no podía parar las lágrimas que se formaban en mis ojos. Espero que sepa que lo amo aún a pesar de todo lo que ha pasado. Solo quería regresar por él y pedirle perdón.

Después, mi papá me preguntó mientras manejaba el carro: "¿Cómo estás honey bunny? ¿Está todo bien?".

¿Será que le digo lo que había hecho? Pasó un silencio breve y le dije que había dejado a Fuzzy en el hotel. Esperaba con ansiedad su respuesta o solución. Al final, mi papá dijo que llamaría al hotel esa misma noche para que buscaran a Fuzzy. Al saber esto me calmé un poco, pero en el fondo sabía que había una gran posibilidad de que no lo fueran a encontrar.

Un mes después llegó un paquete en el correo y mi papá me dijo: "¡Mira, ábrelo, es para ti!". Miré con confusión el paquete (casi se me había olvidado, pensé que era un caso perdido). Abrí el papel de color café claro lentamente, metí mi mano y sentí algo suave. No lo podía creer... Era Fuzzy. Había regresado y estaba bien; resultaba que no estaba enojado conmigo. Qué alivio que sentí en mi ser. Le dije que sentía mucho lo que había pasado. Me perdonó y yo también a mí misma.

Muchos años han pasado ya y ya soy adulta. Esta memoria salió a la superficie y me generó muchas lágrimas por la niña María. ¿Será que esto es lo que sentía mi mamá también? Espero que sepa que, a pesar de todo, aún la amo... Donde sea que ella esté.

Elena Di Giovanna Serrato, tiene 42 años y vive en Colombia.

El día que te conocí

El día que te conocí recuerdo que estaba nerviosa y no paraba de moverme, mi madre de acogida me había dicho que un taxi vendría a por mí y me llevaría a conocer a esa que sería mi madre para siempre. Ya habíamos hablado en ocasiones por teléfono, por lo que no era totalmente una desconocida para mí.

El taxi pitó justo cuando me estaba intentado colocar esos pelitos cortos y rizados al lado de la sien, que siempre estaban alborotados y yo los quería alisar, pero no había manera.

A toda prisa me metieron en el taxi y apenas pude despedirme de mi madre de acogida. Sin mucho tiempo el viaje comenzó. No sé porque empecé a sentir miedo, pánico, y comencé a llorar y a pegar al asiento patadas mientras el conductor con una mano intentaba calmarme desde el asiento del conductor. De tan fuerte que lloraba me entraron arcadas que no podía reprimir, mientras el taxista daba bandazos con el coche de un lado a otro de la carretera. Finalmente paró, vomité y eché a correr en un intento de escapar de algo que simplemente no comprendía.

Obviamente el recorrido fue corto, puesto que el taxista consiguió-

cogerme de alguna manera que me metió en el taxi de nuevo y, con voz severa me dijo:

– ¡Pórtese bien niña!

Tras ese ataque de ansiedad llegó el cansancio que, usualmente, uno tiene cuando llora mucho y, poco a poco me desvanecí en un sueño profundo apoyando mi cabeza contra la puerta.

Cuando abrí los ojos ya estaba, dónde no lo sé, pero ya había llegado el momento. Alguien abrió la puerta, era una mujer que me parecía enorme, con una carpeta llena de papeles y me dijo:

– ¿Hola Nataly, cómo estás?

Yo la miraba, pero no me salían las palabras, simplemente estaba expectante sin saber qué hacía ahí muy bien.

Tras este breve encuentro me cogió de la mano y me llevó a un edificio con muchas puertas, muchas escaleras. Yo jamás había estado en un sitio así. Tras una de esas puertas estaba mi mamá, al menos era lo que no paraba de decirme. La señora hablaba y hablaba, pero yo no escuchaba nada, solo como un murmullo a lo lejos.

La palabra mamá retumbaba en mi cabeza cada vez que la mencionaba, había una mamá que me había abandonado, dos o tres que me habían cuidado temporalmente y ahora había una que había viajado de un continente a otro para y por mí, y esta vez era para siempre.

Pero realmente no entendía bien por qué o cómo. ¿Nos quedaríamos a vivir allí? ¿Y mi padre? Qué significa por siempre, me preguntaba yo.

Tras una corta espera me llevaron a una sala, me dijeron que espe-

rara y al poco tiempo entró una mujer con gafas, pelo corto, sonriente y con unas muñecas en la mano. Detrás de ella estaba la señora que me había recogido y me dijo:

– Nataly, esta es Adoración, tu mamá.

Yo no pude decir nada, solo observaba, pero nada que pudiera salir de mi boca.

En silencio y muy despacio nos acercamos la una a la otra. Yo no sabía qué hacer o decir. Ella se agachó y me dio un beso y, tras eso otro beso y, al poco me ofreció las muñecas que llevaba en su mano y que había traído para mí.

Nos dejaron solas por un tiempo que me pareció largo y, la señora que siempre estaba por allí entró y me preguntó si quería irme con esa mamá, a lo que, pasados unos segundos y con la expectación de ambas mujeres mirándome, yo respondí que sí.

Sí, pero sin saber, sin sentir. Comencé a tener sentimientos cruzados de felicidad, aunque por esos momentos no recuerdo experimentar momentos de felicidad donde yo pudiera discernir qué era la felicidad, y sentimientos de ira, tristeza. Quería salir corriendo, pero no sabía a dónde o cómo.

De algún modo comprendí que todo era más fácil cuando aprendías a hacer, decir y comportarte como los demás esperan de ti. Así que con media sonrisa le cogí de la mano y le dije:

– Llévame contigo, mamá.

Ella sonrió y apretándome la mano comenzamos a caminar hacia fuera.

No supe entender en ese momento, con siete años, todo lo que me

estaba pasando, todo lo que significaba, todo lo que mi vida iba a cambiar. ¿Alguien me eligió? o, ¿Simplemente fui el número de expediente que le otorgaron? ¿Por qué nadie me preguntó si yo quería ser adoptada? Si yo quería irme de allí y comenzar un nuevo yo, con otro nombre, apellido, en otro país. dejando atrás mis raíces, mis orígenes.

El día que te conocí fue el 31 de agosto del 2018, alrededor de las seis de la tarde. Regresé de correr y al llegar a casa vi que mi teléfono tenía más de doscientos mensajes de Messenger, en respuesta a un post que había realizado hacia solo dos horas antes.

En ese post buscaba a mi madre biológica en el lugar donde ella era natal, con una foto de hacía muchos años y con una calidad casi irreconocible. Era una locura, pensaba yo. mientras escribía el post. Quién va a leer esto, quién va a poder reconocerla. Pero por intentarlo no pasaba nada, o eso intentaba convencerme.

Revisando los mensajes, uno por uno, me di cuenta que la gente que leyó mi post de algún modo intentaba empatizar conmigo dándome bendiciones, algo muy típico de la cultura colombiana, ánimos y algún que otro consejo. Pero un mensaje sobresalió de entre otros enseguida. El mensaje decía:

- La conozco, era vecina mía y se mudó a otra ciudad con sus hijas hace catorce años. He reconocido que era ella porque siempre nos habló de su hija mayor, la cual perdió siendo un bebé. -

Las piernas me temblaban, las manos me sudaban, el corazón me estallaba en el pecho.

No podía ser, qué locura, ¡así tan fácil? Sin años de detectives, sin programas de televisión. Solo así... era momento de doble check, así

que inmediatamente le contesté a la señora muy amablemente, la cual enseguida se conectó para hablar conmigo.

Tras unas cuantas líneas ahí estaba, tenía el número de teléfono de ella. De mi madre biológica. Sí, esa con la que soñaba desde que recuerdo, esa que siempre sentí de algún modo que estaba en algún lado del mundo pensando en mí, o eso quería pensar.

Apunté el teléfono en una hoja, lo grabé en el teléfono y tal que así inmediatamente la llamé. Tras varios tonos una voz cálida y armoniosa me contestó:

– ¿Sí?

– Hola ¿Es usted Fanny?

– Si soy yo.

Silencio.

– Soy Nataly y creo que soy su hija perdida.

Se oyó un sollozo y una mujer comenzando a llorar muy apesadumbrada.

– ¿Hija?, me dijo.

– Si, dígame.

– Hija, perdóneme, perdóneme...

No puedo cuantificar el tiempo de esa llamada en minutos, solo la podría cuantificar en emociones, en sentimientos, una explosión indescriptible que podía parar el tiempo.

No queríamos colgar el teléfono, pero necesitábamos tiempo para asimilar todo, la hija que encuentra a su madre, una madre viva con más hijos, marido, viviendo en la otra parte del mundo. Era natural que necesitábamos un tiempo de aceptación.

Recuerdo colgar el teléfono y, sin vacilar por un minuto, entré, en mi portátil y busqué vuelos entre mi ciudad y su ciudad para el día siguiente. No podía esperar un segundo más por algo que había soñado toda mi vida.

La llamé y le dije:

– Nos vamos a conocer.

Ella respondió:

– Si, ojalá. Algún día.

Y le dije:

– No algún día, sino en dos días. Acabo de comprar los billetes y en cuarenta y ocho horas podremos vernos.

Creo que nunca tuve nada tan claro y lúcido en mi mente. No podía esperar más, no tenía tiempo a pensar más, solo tenía un corazón mandando palpitaciones a mi cuerpo y yo pensaba seguir las donde me llevaran.

Subida en el avión tuve esa sensación que mucha gente describe como cuando estas cerca de la muerte y ves pasar tu vida como una película. Yo no me estaba muriendo ni salía de una anestesia física, aunque sí psíquica. Pero ahí, sentada en ese asiento, no dejaba de ver mi vida pasar una y otra vez.

Pensaba en mi vida en Colombia cuando era niña, en cómo fue mi vida en España, en mi juventud loca y desbocada donde solo quería morir una y otra vez para dejar de sufrir, en mis intentos de ser o parecer alguien normal en la sociedad, en todos esos momentos que pensé en buscar, pero no me atreví, en todos esos momentos donde no entendía el fin de mi existencia en este mundo.

Al poco, casi sumida solo en mis pensamientos y, viendo la película de mi vida, oí que el vuelo había llegado a su destino. 12 horas y unos cuantos miles de kilómetros eran lo que me separaban de mi madre biológica.

Me quité los auriculares, recogí mi bolso y me levanté encaminándome hacia la puerta de salida del avión. Tras un largo tiempo de espera y contratiempos por fin era el momento de cruzar la puerta de salida al exterior.

Saliendo y a lo lejos había una mujer morena, pequeñita, a la que se le llenaron los ojos de lágrimas y a la que tuve que sostener entre mis brazos, ya que el impacto de verme fue tan fuerte que casi se desvaneció y, yo con ella fundiéndonos en un abrazo que quería acabar nunca. Estábamos ahí, ella y yo, después de treinta y un años. Era algo increíble.

Ese momento lo cambió todo en mí. El puzle comenzaba a tener sentido y de algún modo le estaba dando sentido a mi vida.

A diferencia de cuando era pequeña esta vez yo elegí, yo decidí y aunque da miedo el no saber del todo cómo serán las cosas, el poder maravilloso de elegir y saber es algo sanador y reconfortante.

“Dicen que madre no hay más que una, pero pienso que no en todos los casos es así”.

Nataly Lommen, tiene 35 años y vive en Holanda.

Chile



La adopción

Vivir en Chile y ser adoptada es que te miren con lástima, te estigmatizan apenas se enteran y te miran de manera diferente. En el colegio usaban el término "guacha" para referirse a mí, que significa sin papá ni mamá, a pesar de que si tenía a mis padres adoptivos, tuve una infancia dura, no me tocaron tan buenos padres, y eso marca y te empiezas a preguntar e imaginar cómo serán tus padres biológicos. Piensas que serán millonarios, que a ti te secuestraron o cosas así. Piensas que ellos te estarán buscando, que no quisieron o en ese momento no pudieron criarte. Eso pasa cuando tienes una infancia difícil, luego te das un golpe y aterrizas en la realidad. En la juventud te das cuenta que es solo tu imaginación la que volaba y prometes que nunca le harás lo mismo a tus hijos, y que si puedes adoptarás a algún niño o niña que necesite ese amor que a ti no te dieron...

Cristal Valdebenito, tiene 31 años y vive en Chile.

Costa Rica



De Laura Herrera Guerrero, hija y madre adoptiva

Cada paso en nuestras vidas sé que tiene un propósito, que es un regalo de Dios para comprender realmente el divino don de la salvación.

El día de mi nacimiento, al igual que algunos otros, no pintó una peculiar alegría, por el contrario, la muerte rodeó mi cuna, solamente la protección divina me ha permitido llegar hasta hoy. Lo grotesco de la muerte se transformó en una oportunidad bilateral, ya que dos necesidades fueron cubiertas al mismo tiempo. Una pareja llena de amor abrió las puertas de su hogar para recibir una entrega.

En ese día lleno de sobresalto y de novedad se inició para mí un formidable viaje que hasta hoy ha durado treinta y siete años, en los cuales he visto muchas reacciones a situaciones que quizás se hubiesen podido evitar con un mejor manejo de la verdad, no por ocultarla sino por saber qué, cómo y cuándo decirlo.

En el decir popular se escucha: "nunca es tarde", pero, en lo personal, creo que, cuando se trata de nuestras vidas, a veces el pasado, lo que se dijo o lo que se calló, puede llenar nuestro corazón de

incertidumbre, miedo, y muchas veces hasta de odio.

Al nacer, mi madre biológica murió. Mi padre biológico (quien murió hace diez años) fue un hombre que padeció el alcoholismo y reconoció no ser capaz de darme los cuidados necesarios que una recién nacida requería, así que, gracias a esta determinación, que no voy a dejar de agradecer, llegué al hogar en el cual me desarrollé hasta hoy, con el apoyo y la guía de mis padres.

Durante mi niñez fui objeto de incesantes cuidados, tanto en el aspecto físico como psicológico (quizás diría que me chinearón demasiado). Estuve siempre llena de amor y desde pequeña conocí mi verdad, eso hizo que en mi adolescencia amara, admirara y respetara más a mis padres.

Tengo que confesar que es y será una curiosidad del hijo(a) adoptivo(a) conocer su pasado, pero el miedo de causar un dolor a mis padres me frenó durante algún tiempo. Lo único que me unía a este pasado era el acta de defunción de mi madre, que recuerdo la encontré por casualidad en una de mis búsquedas. Así que, muy discretamente, en mi juventud traté de buscar información y las puertas se me cerraban como diciendo: "Aún no es tiempo"; hoy estoy segura que el Señor tenía su tiempo para revelarme mis dudas, y así fue.

Después de estudiar y sacar una carrera profesional, siempre impulsada por mis padres, fui enviada a trabajar a San Carlos donde conocí a mi esposo, quien por coincidencia ese mismo año fue enviado a laborar a esa misma zona. Nuestro matrimonio, que pronto será quinceañero, se ha caracterizado, podría decirse, porque nos admiramos el uno al otro; y, lo esencial, hemos tratado de incluir a Dios siempre

en nuestras decisiones.

Mi esposo ha sido otro ángel en mi camino porque de su mano conocí a mi progenitor (padre biológico) de forma providencial, ya que después de tanto tiempo, él continuaba en aquel pueblito de Batán, que para mí sería el punto de reunión entre mi pasado y mi presente.

Tenía palpitaciones y sentía tantos nervios al enfrentarme a esta situación, desde la entrada hasta el lugar donde hice el primer contacto para averiguar quién era mi progenitor. Mi corazón sentía que ese día ocurriría el encuentro con mi progenitor. Aunque mi cuerpo temblaba, mi deseo era más fuerte, así que, al llegar al centro del pueblo mi esposo y yo nos bajamos del carro, escogimos el lugar que a vista nos parecía ser de los más viejos, una sodita, entramos y preguntamos si el negocio tendría unos veintiséis años. La dependiente nos señaló la carnicería de al lado, sin perder tiempo buscamos a su dueño, quien muy amablemente nos atendió aunque no compramos producto.

Su asombro al hacerle la misma pregunta que a la señora anterior, despertó dudas de lo que había sucedido tiempo atrás, Además, parecía que el tiempo se hubiera detenido. Él y yo nos mirábamos como buscando respuestas, así que, sin más preámbulo inicié mi declaración, no había avanzado mucho cuando él dijo: “esos ojos son igualitos a los de Socollón”, de forma instantánea se quitó su delantal y ofreció llevarme a la casa de Socollón. Al llegar, él estaba a un lado de la casa, lavando una llanta, yo presentía que sí, algo de adentro me lo gritaba (era mi progenitor). Me acerqué despacio, pensando cómo empezar, le mencioné el nombre de mi madre, se confundió un

poco, pero rápidamente comprendió quien era yo, nos abrazamos, lloramos fueron momentos de sanidad interior para ambos.

Él había estado muy grave de un cáncer de colon, los diagnósticos médicos no eran nada alentadores, pero también Dios, en su infinita misericordia, le regaló diez años para prepararse, dentro de los cuales se llevó a cabo el encuentro de dos vidas ligadas por la sangre, y en mi recuerdo por hermosos sentimientos de agradecimiento y perdón. Y, aunque no nos volvimos a ver, ese corto tiempo nos llenó de paz a ambos.

Quizás todo lo vivido reforzó en mi esposo la idea de que la paternidad y maternidad es cuestión del corazón. Pero ante todo yo reconozco que mi esposo es un hombre como pocos, que antepone el amor verdadero al orgullo de la carne.

Como mujer, pasé por dos abortos que estremecieron, no sólo mi corazón, si no que mi cuerpo se lastimó bastante también. Toda mi experiencia vivida, así como tiempo de oración y comunicación de pareja, nos hizo tomar la determinación de no intentar más procrear de la manera natural. El tiempo ha pasado, nuestra unión se ha consolidado y tenemos dos hermosos e inquietos regalos que son fruto de un amor no carnal, un amor sublime, que rompe barreras y que nos llena la vida de gozo.

Nuestro hijo mayor recibió de nosotros todo nuestro amor y cuidado desde que nació y llegó a nuestro hogar. Tuve el privilegio de darle de mamar, lo cual definitivamente fue una experiencia gratificante; no sólo este hecho, sino todo lo que precedió, ya que mi esposo me motivó y estimuló en todos los aspectos para hacerlo, así que el día

que me salió un poquito de leche, fue celebrado grandemente no sólo por el bebé. Nuestro hijo ha ido creciendo en amor y en verdad, digo verdad porque desde su corta edad sabe que tuvo dos mamás, pero que sólo una tuvo la dicha de disfrutar de su crecimiento, de llorar con él cuando lastimaban su corazoncito.

De nuestra hija no disfrutamos sus dos primeros años y, aunque nos preocupaba enfrentarnos a esta nueva experiencia, con incertidumbre lo hicimos. Fue mucho más doloroso porque ella tendría que asimilar un cambio más radical y su carácter es muy fuerte, así que, con paciencia y lágrimas Dios nos sostuvo hasta que escuchamos de su boquita esas lindas palabras: "papá y mamá" que para el común de los padres es normal, pero para nosotros fueron un éxito del amor.

Cuando nuestra pequeña tenía doce años, y después de una espera de casi tres años, llega nuestro tercer hijo, con un añito y medio, pero con la salvedad de estar en un hogar de acogimiento, con personas llenas de amor y del espíritu del Señor, lo que hizo más sencilla su adaptación a nuestra familia. Hoy, veinte años después, nuestros hijos se han identificado plenamente como hermanos, sus peleas y sus muestras de cariño son un hermoso premio que, tanto su padre como yo, disfrutamos y tratamos de guiar.

Se acercan nuevos retos al ver el tiempo transcurrir, rogamos al Señor seguridad, tranquilidad y certeza de nuestro amor en sus vidas, para que ellos puedan seguir creciendo con la naturalidad que lo hice yo. La vida, llena de sorpresas, nos da el poder de ser felices y aunque la tristeza es una nube, tenemos la seguridad de que el sople del Espíritu Santo la disipará. Tengo plena convicción de que somos

libres de elegir y, hace tres décadas y un poquito más, dos ángeles terrenales eligieron tomar mi vida e incorporarla a las suyas e inundarla del amor que sólo Dios hace brotar en los corazones.

Comparto estas letras para motivar a quienes lo están pensando, animar a quienes estamos en el proceso y felicitar a quienes ya lo están viviendo, porque esta vivencia nos reforzará que la decisión tomada es y será la mejor de nuestras vidas. Dios nos bendiga.

Laura Herrera Guerrero, tiene 47 años y vive en Costa Rica.

De Costa Rica, pura vida.

Con ocho días me recibieron y abrieron mi corazón, mostrando el calor parental. Hoy, a mis ocho mil trescientos noventa y cinco días (veintitrés años), que se resumen en amor tristezas, alegrías, decepciones, un conjunto de situaciones que hacen una familia.

Caminando por la senda de la vida unos aprendiendo a ser padres, y otro por ahí encontrándose a sí mismo. Dolores de cabeza no faltaron, era parte de ir creciendo mutuamente.

Les cuento que la primera vez (que recuerdo) en saber sobre mi adopción tenía seis años, estaba en el kínder (educación inicial). Lo tome de manera alegre, sin ningún tipo de rencor y odió, nunca presente el rechazo a mi familia adoptiva, mismos que dieron su amor a un desconocido que se convirtió en su hijo; hijo de ellos soy y nadie podrá cambiar eso.

Luego de unos años, ya en mi etapa de adolescencia (una etapa de cambios, rebeldías, dónde muchas veces nos creemos el centro del mundo) mantuve mi posición de niño con respecto a mi adopción, ya que en una ocasión mis padres preguntaron discretamente si quería conocer a mis progenitores. Créeme, lo pensé, más mi pensar

y el amor me hicieron negar esa propuesta.

¿Por qué amor?

Porque padre no es quien engendra, sino el que cría.

Mis progenitores me dieron una oportunidad, una de las cuales no muchos niños y niñas tienen hoy en día, un verdadero hogar donde de vez en cuando discutimos por cosas que ni sentido tienen, pero es normal en las familias. Dios me dio el privilegio de tenerlos, por ello estoy agradecido, soy millonario.

No puedo retirar de mi vida rencores, orgullo, odio, etcétera, porque nunca los hubo. Amor y perdón gobiernan mis pensamientos de abandono, escogí ver una oportunidad de vida, llena de retos y superación.

Soy de Costa Rica, Pura Vida.

Víctor Blanco Herrera, tiene 23 años y vive en Costa Rica.

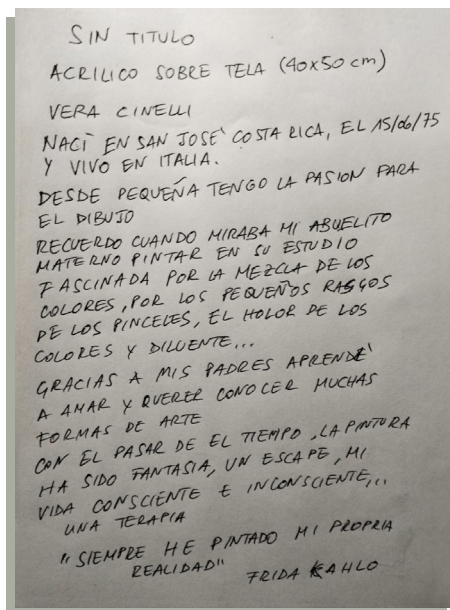
15 de Julio de 1965



Acrílico sobre tela (40x50)

Nací en San José, Costa Rica, el 15 de julio de 1965, y vivo en Italia. Desde pequeña tengo la pasión por el dibujo.

Recuerdo cuando miraba mi abuelito materno pintar en su estudio, fascinada por la mezcla de los colores, por los pequeños rasgos



pinceles, el olor de los colores y diluyente...

Gracias a mis padres aprendí a amar y querer conocer muchas formas de arte.

Con el pasar del tiempo, la pintura ha sido fantasía, un escape, mi vida consciente e inconsciente... Una terapia

"Siempre he pintado mi propia realidad" – Frida Kahlo.

Vera Cinelli, tiene 57 años y vive en Italia.

España



San José 17 de Septiembre de 2022

Mi amada niña Mari Mar:

Bienvenida a la primavera. Yo ya he llegado al otoño y desde mi edad adulta, como la adulta Mar, te escribo para decirte que tienes razón, eres adoptada.

Te veo y siento tu sensibilidad y soledad, soledad que será tu compañera por mucho tiempo. Sé que no quieres sentirte sola, que quieres ser aceptada y feliz, pero nadie comprende que tienes necesidades específicas por cubrir.

Nadie comprende que el abandono hiere. Nadie comprende que has sufrido una pérdida, y que, para haberte adoptado, primero tuviste que pasar por la separación de tu madre biológica, de tu primera familia, de todo lo que conocías.

Te veo, te siento, te acompaño a la distancia.

Llegarás al verano, a tu adolescencia, y verbalizarás que eres adoptada, pero te lo negarán. Aun así, seguirás buscando, no desistirás, aunque lo calles. Será tu secreto.

Buscarás en los cajones de casa sin saber qué quieres encontrar. Sin todavía ser consciente de ello, buscarás pruebas de tu adopción.

Algo no encaja en tu vida y necesitas descubrir qué es.

Presiento que siempre has sabido que eres adoptada. Cuántos años de incertidumbre, de saber que algo es diferente en las demás familias y no poder expresarlo. No poder GRITARLO.

Por todo esto, tu adolescencia no va a ser fácil. Serás una adolescente algo rebelde. Pero no te culpes. Sufres mucho y no encuentras el acompañamiento que necesitas. Papá y mamá no tienen las herramientas para ayudarte, pero no te preocupes, yo estoy aquí, siempre viéndote, acompañándote.

Te espero en el otoño.

Irás atando cabos sueltos, pero no te atreverás a revelárselo a tus padres para no lastimarlos. Te darás cuenta de que es un tema muy difícil para ellos y que se ha convertido en un tabú.

Llegarás al verano tardío, ahí donde comienzan la juventud y la madurez. Te armarás de valor y preguntarás por tu adopción, sin dejar que sigan ocultando la verdad.

Cuando la adopción salga a la luz te sentirás liberada, porque ya no habrá más secretos, y al mismo tiempo estarás dolida. No entenderás por qué tantos años de engaño, por qué no han confiado en ti. Quisiera estar en ese verano tardío contigo y abrazarte fuerte. Consolarte. Brindarte el amor y la comprensión que necesitas y mereces, pero estoy en el otoño y aquí te espero.

A pesar de todo, no guardarás rencor a papá y mamá. Comprenderás que te han criado lo mejor que han podido hacerlo, dada la época en la que ellos crecieron y en la que tú naciste.

Durante el otoño, comencé a buscar a nuestra familia biológica.

Esa familia a la que no juzgo ni culpo, pero de la que necesito respuestas, respuestas para comprender y sanar.

La búsqueda de nuestro origen comenzó cuando nuestros padres ya habían fallecido. No soportaba la idea de que sufrieran por mí, por nosotras, aun siendo consciente de que tenemos derecho de saber la verdad, ya que esto es necesario y sanador, es nuestra historia de vida. Ahora no estoy preparada para continuar esta búsqueda. En este momento no soy lo suficientemente fuerte para enfrentar otro abandono, si este fuese el caso.

Al pasar las estaciones de tu vida sentirás que nadie te comprende, pero yo sí lo hago, aquí estoy y estaré para recordártelo cada día.

Descubrirás que quienes desconocemos nuestro origen tendemos a llenar los espacios vacíos con fantasías, a construimos una historia ficticia. Cuando te des cuenta de ello, cuando te des cuenta de lo que estás haciendo, sentirás que te vuelves loca. Fantasear duele. No lo hagas.

Mi niña, en el otoño estoy y aquí te espero para caminar juntas, de la mano, hacia el invierno.

Te quiero,

Mar, la Mar del otoño.

Mar Anes Álvarez, tiene 51 años y vive en Costa Rica.

México



Mi llegada a mi familia

Estuve pensando que escribir, pero no lo pensé mucho, he decidido contarles un momento muy hermoso de mi vida que me gusta escuchar de boca de mis padres: es sobre mi llegada a mi familia.

Mis padres me cuentan que ellos tenían siete años de casados y no podían tener hijos, así que decidieron adoptar un niño. Mis papás batallaron mucho para adoptar un niño. Hasta que mi mamá llamó a San Pedro Garza García, Nuevo León y pidieron una solicitud para poder adoptar. Entonces a mis papás, durante nueve meses, les hicieron preguntas, test y cuestionarios para que pudieran adoptar un niño.

El 27 de abril de 1994 fueron a San Pedro porque les citó el comité de adopciones. Mis papás dicen que había cuatro matrimonios y que a los cuatro les preguntaron si todavía querían adoptar un niño y todos respondieron que sí. De pronto, dice mamá que dijeron: "¡Traigan a los niños!". Mi mamá y mi papá se sorprendieron y se alegraron. Entonces fueron diciendo el nombre del niño y su nueva familia. Al final dijeron: "Daniel Alejandro a la familia Hartz Vázquez". Mi papá me tomó en sus brazos y dice que me dio un beso, mi mamá dice que sintió un nudo

en la garganta de emoción y alegría, también me besó y le dijo mi papá: "¡Préstamelo, déjame cargarlo!".

Los dos me agarraban y me hacían cariños, para que yo sonriera; una persona les dio un biberón ya preparado con leche y les dijo: "Ya le toca". Mi papá me lo dio, mientras junto con los otros tres matrimonios recibieron la información sobre cada uno de los niños.

Antes de venirnos mi mamá me cambió por primera vez el pañal; ya estaba oscureciendo cuando iniciamos el camino a mi nueva casa, en Monclova. Antes de llegar empecé a llorar y mi mamá se sintió que me estaba fallando porque yo tenía hambre y ella no iba preparada, no llevaba leche. A mi mamá le pareció largo el camino para llegar. Por fin llegamos a Monclova y, en la primera farmacia que vieron, mi papá se bajó a comprar leche y pañales sin saber de qué medida y cuáles comprar, aunque mi mamá le dijera que se fijara que fuera para un niño de 6 kilos, ya que yo estaba muy gordito. De ahí nos fuimos a casa de mis abuelos. Al entrar primero a mi papá le preguntaron: "¿Cómo les fue, hijo?".

"Pues bien", les dijo mi mamá, "Ya tenemos niño". No lo podían creer, todos estaban emocionados, mi abuelita me cargó mientras mi mamá preparaba un biberón. Mi tía, mi mamá y mi abuelita lloraban de gusto mientras mi abuelito decía: "¡Me da mucho gusto, hijo!".

Al llegar a la casa dice mi mamá que me dijo: "¡Bienvenido a tu nuevo hogar, hijo!" y al ponerme en la cuna sonreí como diciendo: "Por fin con mis padres y en mi casa".

Cada vez que mi mamá cuenta esta historia se le hace un nudo en la garganta, veo lágrimas en sus ojos y mucho amor, entonces le

digo: "¡Te amo mucho, mami! Gracias por adoptarme".

***Escrito a los 11 años. Daniel Hartz ahora
tiene 28 años y vive en México.***

Primera pérdida: Ella

Nació el 9 de julio de 1987, en algún hospital de la Ciudad de México, alrededor de las diez y media de la noche, llegó al mundo con prisa, desbaratando los planes que se habían hecho para su llegada. Es difícil imaginar lo que a un bebé le cuesta dejar el útero apacible y seguro de su madre, ese limbo al que jamás se vuelve. Duele la existencia, duele aventurarse a respirar por sí mismo. Lloró, sin saber, lo que le deparaba la vida, sin saber que, justo al nacer ya estaba planeada su primera pérdida.

Aquella mujer, que la había llevado dentro por nueve meses, la dejaba. Nunca supo las razones. Antes de irse, le dio un beso en la mejilla derecha, eso fue lo único que le dejó. Ahí, con el tiempo, se le formó un hoyuelo. El beso debió ser dado con dolor, de esos dolores que se traspan y dejan marcas visibles. Ese beso iba lleno de ruegos al universo para que la bebé nunca volviera a ser abandonada, para que el dolor que ella sentía en ese momento fuera certeza de que la vida la llenaría de dicha, para que las bendiciones que depositaba fueran infinitas.

Al mismo tiempo, otra mujer, tomaba un avión. Con todos los mie-

dos e incertidumbres iba por su hija, la que había pedido tantas veces a la Virgen, la que nació para ella. Cuando la vio, la tomó entre sus brazos y se la apropió, la abrazó tan fuerte que la impregnó de sí.

La mamá le prometió a la otra mamá cuidarla y amarla más que a sí misma. Lo hizo rápido y sin pensarlo. Ni siquiera quiso verla a los ojos, no quería guardar su rostro en sus recuerdos, no quería pensar en el dolor de aquella mujer y en la felicidad que ella estaba sintiendo. Creyó que nunca más tendría que pensar en ella, no sabía que la bebé que se llevaba con ella iba llena de dudas, de coraje, de dolor...

De la mamá que se quedó en el hospital, su primera mamá, no supo más, el cordón se cortó de tajo. No pensaron en ella por un tiempo, ni siquiera sabían su nombre, en realidad, no importaba. Lo único que importaba era la felicidad para la cual estaba designada a vivir, para el papel que cumpliría en aquella familia, ahora de cuatro. La otra familia se quedó allá.

Nunca más volvió a escuchar las voces de los niños que la llamaban. Todo se borró a unas horas de nacer. Apenas nació y ya tenía un pasado, ya tenía una historia que contar, ya había perdido y ganado; sin decidirlo, ya había emprendido una lucha sin saber por quién ni para qué.

Y así llegó este a mundo, entre la decisión de dos mujeres, por el anhelo de una y la renuncia de otra, por la desventura de una y para la felicidad de la otra. Quizá por haber nacido en medio de una revuelta de sentimientos, es que ella misma se convirtió en eso: en una contradicción.

Yo.

Cuando nací... En realidad, no sé muy bien qué pasó cuando nací. Fueron tantas las historias que me contaron, que a veces las mezclo y me cuento la que tenga humor de escuchar ese día. Lo que sí sé es que mi mamá mamá, no es mi mamá biológica. Mi otra mamá, según la historia más reciente y supuestamente verdadera, trabajaba limpiando en una casa y tenía otros hijos. Como se le ocurrió tener uno más, las patronas le dijeron que si se quedaba con el bebé ya no podía trabajar ahí, así que le ayudaron a encontrar una buena familia para que regalara a su bebé.

Primero, consiguieron a una familia de gringos que enviaban dólares para pagar las consultas con el doctor, pero, cuando se enfermó ya no quisieron adoptar al bebé. No fuera a ser saliera con alguna enfermedad, así que se dispusieron a buscar otra familia. Siempre hay alguien que conoce a alguien que anda queriendo un hijo. Así fue como dieron con mi mamá, que andaba por ahí como la llorona en busca de una hija que la Virgen le prometió, una hija a la que su mamá quisiera darle un mejor futuro al entregársela y que ella aseguraba poder darle.

Un día, por ahí como en marzo del 87, la Chamila, se acordó de que su tía Dora andaba desesperada en busca de una hija, y la puso en contacto con las patronas de aquella mujer. Así empezaron a planear la supuesta "adopción", que no era más que apropiación, porque todo se dio fuera de lo legal. El plan era que la "chacha" entraría al hospital con el nombre de la Señora Dora, así podrían salir del hospital con el bebé en brazos sin que nadie las cuestionara.

Mi mamá me cuenta que fueron a los cuneros por mí y, antes de

salir, mi otra mamá pidió conocerla. Quería ver cómo era la nueva mamá de su hija, quería pedirle que, por favor la cuidara y la amara como si ella la hubiera parido, quería darle un beso de despedida. Mi mamá accedió a verla, con mucho miedo de que se arrepintiera y le quitara a su hija. Por más que le he preguntado cómo era, me dice que no se acuerda de nada. Me queda claro que no le puso atención, ¿para qué hacerlo?

Mi mamá salió conmigo del hospital y, dejó a la otra ahí sin la bebé, para que pudiera seguir trabajando y asegurándole el pan a sus otros hijos. ¿El papá? Quién sabe, en estas historias nunca se habla del papá.

Después de llevarme con un doctor para asegurarse de que todo estaba bien y que podía subirme a un avión con horas de nacida, nos fuimos...

Segunda pérdida: A mí.

Esa bebé, la que pudo haber sido se perdió, otra fue a la que subieron a ese avión. Desde que tuvo uso de razón lo supo, no identificaba el momento exacto en que lo entendió, pero, en ese momento, la niña valiente y decidida que una vez fue desapareció, se perdió una vez más, los miedos se apoderaron de ella.

Creció con mucha tristeza a pesar de ser muy amada. Tenía un vacío dentro que con nada lograba llenar. Cada vez que se veía en el espejo, sentía que algo le faltaba o que algo le estaba de más. no lograba encontrarse en ese reflejo, no sabía cómo volver a reunir todas sus piezas, quería volver, pero no sabía a dónde, buscaba sin saber exactamente qué, tenía miedo y se perdió... La que creía ser.

Cuando llegué, dice mi papá que él y mi hermano nos esperaban en el aeropuerto de Hermosillo con mariachis. Creo que alguna vez vi una foto de eso, por eso me han de gustar tanto los mariachis. Por fin tenían la casa con los dos hijos, "la parejita", ya nada más hacía falta el perro en la foto.

Después me enteré que no hubo mariachis. Yo creo que la foto me la imaginé, así que aún no encuentro la razón de mi afición por los mariachis. Con el tiempo me enteré de muchas mentiras y más certezas se fueron perdiendo.

Dice mi papá, que, cuando me llevó con mi abuelo, su papá le preguntó: "¿de quién es esta indita?", "es mía apá". La niña era prieta, no se parecía ni al papá ni a la mamá; además, de un día para otro tenían una hija, ¿de dónde había salido? Mi abuelo, aunque tenía Alzheimer y ya volvía a tener la inocencia de un niño, no se creía los cuentos de la cigüeña ni el milagro de la Virgen.

Este cuento, como quiero llamarle, ha estado presente varios años, esperando a que me atreva a escribirlo. Tengo miedo de abrir heridas, no mías, esas me las sé curar, sino de todos los implicados en esta historia, sobre todo las heridas de mi mamá (las dos).

Natalia Valencia, tiene 35 años y vive en México.

Yo no nací de un corazón

¡No!

Deja de decir que nací

De un corazón.

Deja de llenar mi alma

Con tanto dolor

Recuérdame que vengo de alguien

Y ese alguien no eres tú

¡No!

Deja de ocultar mi historia

Con tu "amor"

Déjame entender a mi manera

A mi tiempo y a mi edad

Que no vengo de un corazón

Que soy de alguien y ese alguien

No eres tú

Pero recuérdame que también

Soy tuya, pero no me mientas

Porque NO,
Yo no nací de un corazón.
Hoy soy 3...
Hoy soy 3
De historias llenas de
Dolor y desilusión.
Hoy soy 3, también
De historias llenas de
Amor, anhelos e inspiración.
Hoy soy 3.

Jessica López Vásquez, tiene 27 años y vive en México.

¿Quién soy?

Soy una persona de nombre José Luis Alscindo Valencia Corral, de cuarenta y cinco años de edad, nacido en el estado de Sonora en un pueblito pegado a Navojoa, que, por muchos años festejó su cumpleaños el 21 de agosto, ya que mis padres adoptivos me registraron con esa fecha según había nacido. Mi fecha de nacimiento es el 1º de junio. Como coincidencia ese mismo día nació una de mis hijas, de cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres.

¿Cómo soy?

Soy reservado, tímido, aislado de los demás. Mucho tiempo me pregunté: "¿Por qué seré así?". Hoy sé que fue parte de mi herencia al ser abandonado por mi madre biológica a los meses de nacido, así como eso me trajo otras varias cosas. Gracias a esto Dios me dio la fortuna de tener como madre adoptiva y padre adoptivo a dos grandes seres humanos, a los cuales amo y estoy eternamente agradecido por todo lo que me dieron y me hicieron la persona que soy; me dio la oportunidad de tener una hermana también adoptada, a quien amo con toda el alma y sé soy correspondido.

Todo pasa por algo, nada es por casualidad en esta vida. Hace dos meses supe de una persona que es familiar directo de mi madre

biológica, me puse en contacto por redes sociales y me responde muy a la larga. Si se da la oportunidad de poder conocer a mi familia biológica, adelante. Si no es así no es algo me quite el sueño. Amo a mi familia adoptiva, amo esta vida y en estos momentos estoy disfrutando al lado de mi actual esposa, hijos, mi trabajo y mis amigos.

Diferente a muchos de las personas adoptadas, no es para mí indispensable el conocer ni el saber de mi familia biológica, ¿por qué? Es algo que no sabría responder con exactitud, más simplemente no es una de mis necesidades primordiales.

Ser adoptado te da una oportunidad más de ser feliz, y yo lo soy al lado de grandes seres humanos. Gracias padres amados, a mi hermana y a mi esposa que siempre me han dado todo su apoyo incondicional. Vida solo te digo gracias por todas las oportunidades dadas a través de mi vida.

José Luis Valencia, tiene 45 años y vive en México.

Me llamo Montse

Mon para los más cercanos y las personas que me conocen en el mundo de la adopción. Nací en México en agosto de 1981, tengo cuarenta y un años y fui adoptada al mes y medio de nacida, más o menos en una casa cuna del DIF (CDMX).

A los cuatro años, más o menos, me enteré que era hija por adopción, lo cual, en ese momento, supongo que por la edad, no hice más preguntas con respecto al tema. Y así crecí. En mi familia nunca se habló del tema, supongo que por la mentalidad que había en esos años, donde era algo que no se contaba, donde era como un secreto familiar. Aún hoy en día no logramos del todo hacer que la adopción deje de ser un tema tabú.

La verdad es que, al no hablar del tema, aunque era algo que muchas veces venía a mi cabeza con muchas preguntas, las cuales no me atrevía a hacer, por tal vez sentir que no debía, y crecer en ese silencio y esas dudas que venían a mi cabeza sobre que pudo haber pasado sobre mi origen. Creo que fue algo que bloqueé, al pensar que no iba a tener respuesta.

Cuando estaba como en primero o segundo grado de primaria,

recuerdo estar sentada en el recreo viendo como jugaban los demás niños y preguntarme: "¿Si entre todos esos niños había alguno que fuera como yo?", con esto me refiero a si había algún otro niño que hubiera sido adoptado. Nunca iba a poder saberlo.

Cuando quede embarazada de mi primer hijo fue cuando, puedo decir, que me di de frente con esa pared que siempre trate de evitar. El estar embarazada hizo que todas esas emociones o sentimientos, contenidos durante todos esos años, surgieran de un momento a otro y sin aviso.

Fue el no poder entender cómo alguien podía abandonar a un hijo después de tenerlo nueve meses en su vientre donde surgen tantas cosas. En mi cabeza solo podía hacerlo alguien sin sentimientos, entonces fue cuando empecé a sentir mucha rabia, mucho enojo, porque era algo que no podía aceptar.

Recuerdo que lloraba cuando me bañaba, porque era el único momento donde sentía que podía hacerlo sin que nadie me viera, sin que se dieran cuenta de lo que me pasaba. No podía exteriorizarlo, sentía que estaba mal que lo hiciera, ya que había tenido una buena vida, unos buenos padres, mi esposo para ese entonces no sabía que yo era hija por adopción, nunca fue para mí una idea contarle.

Cuando mi hijo nació, mi forma de ver las cosas cambio por completo. Pude sentir ese amor incondicional y puro que se siente por los hijos, y al tenerlo en mis brazos me di cuenta que sería capaz de hacer cualquier cosa por él, incluso darlo si yo no hubiera podido estar en condiciones de tenerlo conmigo.

Para mí siempre había sido importante tener hijos. Cuando lo tuve

pensaba: "Por fin tengo algo que es realmente mío", podía sentir esa conexión que no había experimentado en mi vida. En él podía verme, por fin tenía un parecido con alguien. Entonces surgieron más preguntas: su color diferente al mío y al del papá, la forma de sus pies que son como los míos, los ojos, serán de mi familia de origen, qué tanto nos pareceríamos a mi mamá biológica.

Unos meses después, decidí empezar a buscar datos que me llevaran a mi historia de origen. ¿Qué había pasado? Fue entonces cuando aprovechaba cuando veía la tele con mi mamá y salían cosas sobre adopción, le preguntaba el lugar donde había sido adoptada, otras veces cómo había sido. Poco a poco iba indagando, para poder reunir toda la información.

En cuanto supe el lugar lo primero que hice fue buscarlo por internet y escribir un mail, a ver si podían darme información, y así fue. Me confirmaron que en ese lugar había sido dada en adopción, lo cual para mí fue emocionante, pues empezaba ese camino que me llevara a mi origen. Camino que no fue fácil, he de mencionarlo. Primero porque, aunque nací en México no es ahí el lugar donde vivo, pues vivo en Panamá desde que tenía tres años.

Primer obstáculo: la distancia; pero no imposible, pues gracias al internet pude ir armando el rompecabezas. En ese tiempo intercambiando mails con la directora de la casa cuna que estaba en ese entonces, me dijo que, para poder acceder a mi expediente debía tener los papeles de adopción que les habían dado a mis padres; lo cual después les pregunte y me dijeron que los habían tirado, pues no le habían visto caso conservarlos, ya que para ellos nosotros ya éramos

sus hijos y nos habían registrado como hijos biológicos. Al escuchar eso, para mí, fue un golpe, porque es como si me hubieran cerrado la puerta a poder saber mi historia.

En ese momento como no supe qué más hacer, lo dejé así, por un tiempo, unos años. Pero todas esas dudas y preguntas volvían a surgir, mi necesidad de saber se hacía cada vez más grande.

Fue entonces cuando volví a retomar la búsqueda, esta vez iba a ser más persistente. Contacté nuevamente con la casa cuna, en esta ocasión tardaron un par de meses en darme respuesta. Pero esta vez hubo más esperanzas, pues me dieron otras opciones para poder acceder a mi expediente.

En el 2019 viaje a México para poder indagar un poco más. Fui a la casa cuna, hablé con la trabajadora social con la que había hablado un par de meses atrás. Fue una persona muy amable conmigo, y me explicó lo que debía hacer para obtener mi expediente. Obviamente eran tramites a través de un abogado, yo solo iba por pocos días, era un gasto extra, y el cual iba a tomar meses y, pues la distancia no iba a ser de gran ayuda.

Para ser exactos yo fui en diciembre del 2019, justo cuando estaba empezando la pandemia, lo cual complicó más las cosas, pues al estar todo cerrado era mucho más difícil. No quedó de otra que esperar a poder hacer todo el trámite.

Un año después se dieron las cosas, el día menos pensado recibí la llamada donde me daban toda la información que por once años estuve buscando. Tenía una fecha de nacimiento real, tenía un nombre que me había puesto mi mamá biológica, y por supuesto la historia

de por qué se vio en la situación de tener que darme en adopción.

La verdad es que, aunque pensé estar preparada para la verdad, ese día me di cuenta que no lo estaba realmente. Fueron un montón de emociones encontradas, fue algo que me era difícil de asimilar. Se volvió algo real, lloré mucho, creo que nunca me sentí tan vulnerable como ese día.

Empecé la búsqueda de mi mamá biológica por redes sociales, a través de páginas de Facebook, ya que es lo que más tengo al alcance para llegar a más personas. Este año volví a retomar la búsqueda, no con tantas expectativas que la primera vez, pero esperando que las cosas se den en el momento que tengan que darse. Sigo en la búsqueda actualmente, esperando que alguien que la conozca pueda darme información, o tal vez ella misma pueda contactarme.

Quiero dejar en claro que no la juzgo, no le guardo rencor, todo lo contrario. Siempre he dicho que le debo la vida dos veces: la primera cuando me dio la oportunidad de nacer y la segunda cuando al no haberme podido quedarme con ella, me llevó a la casa cuna para poder tener la oportunidad de ejercer mi derecho a tener una familia. Admiro lo que hizo, pues entiendo que debe ser una decisión muy difícil. Me gustaría encontrarla, quiero saber cómo es, poder abrazarla, contarle que tiene dos nietos que son el mejor regalo que me pudo dar la vida y de los cuales me siento tan orgullosa.

Durante estos últimos cinco años que retomé la búsqueda, donde empecé a investigar más sobre todo lo que tuviera que ver con la adopción, donde conocí a más hijos por adopción como siempre quise, encontré ese lugar donde siento que pertenezco, con la tribu

donde me siento identificada.

He conocido más personas el mundo de la adopción, tantos padres adoptantes, madres biológicas, y especialistas en el tema. He aprendido mucho, me di cuenta de las cosas que venía arrastrando desde pequeña y que no imaginé que tuvieran que ver con el abandono. Donde empecé a estudiar sobre el trauma, el apego y todos los temas que en psicología tienen que ver con la adopción, y los cuales me han ayudado a conocerme, a afrontar las situaciones, a poder entender mejor tantas cosas que me han ayudado como terapia, y comprenderme.

Una de mis metas es llegar a las personas hablando de la adopción a través de la voz de nosotros, los hijos por adopción; que puedan comprendernos, que nuestra historia no termina una vez que fuimos dados en adopción y empezamos una vida nueva donde todo lo demás queda en el pasado.

Que sepan que nuestra historia va a ser parte de nosotros toda la vida, que las nuevas generaciones no crezcan con ese tabú que nos tocó a nosotros los que ahora somos adultos, que sea un tema visibilizado en todos lados, donde haya más empatía, donde los niños puedan decir soy hijo por adopción sin ninguna vergüenza de que se burlen o sientan lastima. Pues la adopción no es un acto de caridad, es una forma diferente de hacer familia.

Recordando siempre que existe la triada de la adopción, donde todas las partes son igual de importantes, y donde debemos dejar de lado la estigmatización de las madres biológicas. Hay mucho aún por lograr, pero estoy segura que unidos podemos llegar a hacer cosas grandes.

Montserrat Dobarro, tiene 41 años y vive en Panamá.

Uruguay



Soy Andrea, soy Lorena

El día en que se llevaron al Lucky lloré mucho y, aunque no recuerdo muy bien ese día, me lo imagino queriendo salir corriendo del auto en que se lo llevaba su nueva familia. Mis padres me dijeron que él no podía estar en casa. Cuando llegamos a la nueva casa pregunté por él, porque no lo veía y había vacío: “¿Y el Lucky?”. “No pudimos traerlo porque no hay espacio. Se fue con otra familia”, respondieron mis padres.

Lloré mucho, lloré tremendamente y lloro ahora por mi perro amado, todo peludo y negro. Fue mi primer compañero de cuatro patas y la primera mentira que les descubrí a mis padres. Entonces entendí que la mentira duele y nos hace sufrir. Cuando alguien miente siempre hay un sufriente y, por lo general, indefenso: una mascota, un niño o niña, un o una adolescente, alguien con baja autoestima. No importa quien sea, lo que importa es el impacto de la mentira y quien la crea considera que tiene poder de esconder una verdad que, al otro, de saberla, lo beneficiaría y liberaría.

Mis padres me contaron sobre mi adopción cuando yo tenía unos cinco o seis años y fue muy sencilla la situación que lo generó: era de noche, estábamos en el living de la casa nueva mirando la televisión

y me vino sueño, entonces quise tomar la teta y le levanté la remera a mi madre, quise sacar leche de su pezón, pero ella me dijo que no podía darme leche porque ella no tenía. Yo no entendía por qué una madre no tenía leche puesto que las madres tienen leche para sus hijos e hijas. Fue ahí que mi madre me dijo: "No tengo leche porque no saliste de mi panza. Tu mamá era otra mamá, ahora yo soy tu mamá. No saliste de mi panza, pero es como si te hubiese tenido. Nosotros no somos tus papas, tu mamá te dejó y nosotros te trajimos. Te adoptamos". Palabras más, palabras menos, ese fue el relato que develó porqué ella no tenía leche; aunque los avances técnicos, científicos y psicológicos han demostrado que las madres por adopción sí pueden generar leche, dada la situación correcta y la emoción y revolución que este nuevo estado genere en ellas. También se sabe que no todas las mamás biológicas quieren o pueden dar leche a sus bebés, lo que hace que la escena de "la leche" sea, ante todo, anecdótica. Ante el dolor de saberme "no hija" la anécdota, y ante esta anécdota la situación real del deseo de lactar.

Mi madre biológica no me dio la teta. Hasta donde pude saber fue porque no tenía o no quería, tengo dudas. Lo cierto es que me dio la teta una tía que vivía con nosotros – digo nosotros porque éramos varios viviendo en aquella casucha –, ella hacía unos meses había tenido a su beba Mónica, mi prima biológica, entonces mi tía podía amamantar a ambas. Así que, bien puedo decir, que tuve una madre de leche y que esta fue mi tía, pues ella me lo contó así.

No fue fácil saberme hija adoptiva, porque lo que más retenía mi mente era el hecho de que alguien me había abandonado y ese

abandono lo hizo mi madre. Y aunque yo no entendía bien qué significaba ser madre o tener una madre, sí sentía un gran cariño por la mía, pero en realidad no era "la mía", era la de nadie porque María no tuvo hijos nunca.

Pasó el tiempo y comencé a notar que mi papá era bastante mayor al resto de los papás de mis amigos y amigas de la escuela, pero lo más increíble era que María, mi madre adoptiva, sí era bien distinta del resto de las mamás que yo conocía, incluso de las de la familia.

Cuando yo era muy pequeña y estábamos en la otra casa, en la segunda casa donde viví desde que nací, ella me llevaba a hacer mandados muy lejos, solo que no era muy lejos, sino que cuando una es niña las distancias parecen mucho mayores. En aquel barrio el almacén quedaba un poco distante de la casa, pero allá íbamos siempre y con nosotras una muchacha que siempre nos acompañaba y, que tenía un nombre que me sonaba familiar y querible, se llamaba Andrea.

Cada vez que salíamos a hacer compras mi madre volvía con una botella con un líquido oscuro dentro del cual yo no podía tomar, porque no era Coca-Cola. A medida que el tiempo transcurría, y ya cuando estábamos en esta casa, donde estoy ahora escribiendo y en la cual vivo desde hace treinta y cinco años, comencé a notar que dos por tres quedaba toda colorada y se adormecía o comenzaba a tartamudear y caminar pausado. Entendí al tiempo que sufría de una enfermedad que se llama alcoholismo. No solo no era mi mamá de la panza, sino que estaba enferma y, esta enfermedad le impedía cuidarme bien y darnos afecto a mi papá y a mí. Mi vergüenza era

grande cuando ella iba un poquito roja a los actos en la escuela, o sentía mucho dolor y tristeza cuando ella no iba a la celebración por el Día de la madre. Pero también me ponía furiosa no poder gritar: "¡Esta borracha no es mi madre! ¡Mi madre era muy pobre y me dio!".

Tenía mucha tristeza y mucha frustración al ver que mis compañeros y compañeras de escuela sí tenían madres "normales" y que no los habían abandonado como a mí, pues como un día escupió en mi cara una compañera muy rubia, pecosa y antipática "Vos sos adoptada". Era cierto, yo no era como el resto, yo era la adoptada de la escuela y, encima, con una madre borracha.

Existe una idea muy errada y machista, un prejuicio, de que solamente los hombres pueden tomar hasta embriagarse siendo padres, siendo hombres del hogar. Mi madre, que Dios la bendiga, rompió ese molde y ese prejuicio, y demostró que las mujeres también pueden hacerlo y dejar de lado a su familia y no importarle más nada que el alcohol.

Yo sentía que mi madre me cambiaba por un vaso de vino, algo tan banal y poco duradero como una borrachera, y eso me hacía sentir impotente dado que la mayoría de los niños y niñas son tiranos e imponen su voluntad. En mi caso, en mi casa, el amor que mi madre sentía por el alcohol se imponía terriblemente destruyendo cualquier voluntad.

Muchas veces mi madre me insultaba y me golpeaba, creo que descargaba su frustración de no haber podido ser madre biológica, pero fue su decisión, pues, se supone que sí podía embarazarse, pero fue mi padre quien decidió que era mejor tener una hija por adopción

porque él no podía fecundar. A él le gustaban mucho los niños, era el tío preferido de mis primos y primas, al cual siempre acudían cuando necesitaban y cuando no también, simplemente porque lo querían y él los quería a todos ellos. Mi padre era el hermano mayor de diez hermanos y estaba acostumbrado a preocuparse por todos y, como la gallina con sus polluelos, siempre buscaba la forma de no desampararlos. Ni a sus hermanos y hermanas, ni a sus sobrinos y sobrinas.

Creo que por eso sintió la necesidad de adoptar, porque no sabía estar sin darse, sin familia ni niños alrededor. En la vida hay muchos porqués, muchos cómo, muchos cuándo y dónde, pero pocos quién: ¿Quién tiene la verdad de las cosas? ¿Quién ama de verdad? ¿Quién siempre dice la verdad? ¿Quién es realmente libre? ¿Quién sabe no ofender? ¿Quién tiene un autocontrol tal de sí mismo que es dueño de sí, desde que despierta hasta que las estrellas arden? Seguramente es una pregunta sin respuesta.

Mis preguntas sobre mi identidad biológica eran pocas porque desde muy temprano mi madre comenzó a llamarme Andrea, que es el nombre que me puso mi madre biológica: "Te llamás Andrea, pero nosotros te cambiamos el nombre y te pusimos Lorena Paola porque nos gustaba más". Siempre me pareció muy arbitrario esto del cambio del nombre y nunca le vi el sentido, dado que mi madre me llamaba muchas veces por mi nombre de origen, Andrea, sobre todo cuando se enojaba conmigo, y esa era su forma de castigarme. En realidad, no me molestaba, al contrario, cuanto más lo hacía más era Andrea. Yo no sé cómo sería Andrea viviendo con su familia de origen, pero sí sé cómo es Andrea en su familia por adopción, entre sus amigos

y amigas, caminando por la calle o yendo de vacaciones. Andrea es alguien a quien quiero inmensamente y reconozco en cada uno de sus actos dignos y en los actos indignos, que la hacen cien por ciento humana.

Cuando Andrea comenzó a llamarse Lorena se hizo pequeñita y torpe, pero, cuando reconoció su ombligo y se llenó de sí misma, comenzó a hacerse grande y a mostrarse al mundo diciendo "me llamo Andrea, ese es mi nombre de origen", y eso le llena de felicidad y orgullo. Andrea tuvo la firmeza para buscar a su familia de origen y la encontró. Andrea pudo enfrentarse cara a cara con su madre biológica y hacerle muchas preguntas y reconocer mentiras y vergüenza en varias respuestas. Andrea también escribe ahora y Lorena la acompaña en cada paso que da. Son hermanas, son amigas, han crecido juntas sin saberlo durante un tiempo. Pero Lorena no es Andrea: ella es lo que sus padres pretendían, la excelencia escolar, la buena conducta, el deber ser. Lorena calla lo que Andrea grita. Pero Lorena y Andrea hicieron frente al alcoholismo de María, lloraron la muerte del padre que adoptó con amor a Andrea y educó a Lorena. Ambas sostuvieron a las amigas muchas veces y le dieron un espacio en su corazón a las primas por adopción, y reconocieron como parte de sí la vida que les tocó transitar. Andrea aceptó a su familia de origen y, aunque le duele inmensamente no haber crecido entre hermanos, agradece sus existencias.

No hay separación ni punto intermedio porque ambas son una, aunque en muchas cosas sean tan dispares. Pero a la noche, antes de apoyar la cabeza en la almohada, se miran en el espejo, se reconocen y se abrazan intensamente.

Lorena Andrea Rodríguez, tiene 40 años y vive en Uruguay.

Una iniziativa de:

Tejiendo
VÍNCULOS



Por los derechos
de las personas **ADOPTADAS**

Con el apoyo financiero de:


Amici dei Bambini
IL DIRITTO DI ESSERE FIGLIO



Presidenza del Consiglio dei Ministri
Commissione per le Adozioni Internazionali